SERVICIO SECRETO

UN INFIERNO EN EL CARIBE



SILVER KANE

una aventura de CLIVE

SS SERVICIO SECRETO

eb


CLIVE
MURDOCK

SILVER KANE

UN INFIERNO EN EL CARIBE

Colección SERVICIO SECRETO n.° 877
Publicación semanal
Aparece los MIÉRCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

Depósito Legal B 9.625 —1967
Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: mayo 1967

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.** Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.002 — Tumba para una mujer.

En Colección SERVICIO SECRETO:

872 — El emperador.

En Colección SALVAJE TEXAS:

576 — El buitre de Nevada.

En Colección KANSAS:

456 — Ha muerto una desconocida.

En Colección BÚFALO:

707 — El diablo entre nosotros.

En Colección ASES DEL OESTE:

402 — La hora de los demonios.

En Colección METRALLA:

49 — ¡Os ordeno morir!

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:

243 — Melodía para un gangster.

En Colección BRAVO OESTE:

328 — Los pistoleros del sur.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

158 — La isla del trueno.

En Colección COLORADO:

468 — ¡No habrá tiros!

En Colección CALIFORNIA:

522 — Los pistoleros de Tulsa.

CAPÍTULO PRIMERO

AQUELLA vez, Clive Murdock iba a tener un día tranquilo. Después de sus apuros pasados en Nueva York, cuando tuvo que refugiarse en una casa donde todo eran mujeres, había llegado a Detroit invitado por un amigo suyo, el ingeniero Spencer.

Como todo el mundo sabe, Detroit es la ciudad donde se fabrican más automóviles en toda la tierra. Detroit también hace piezas de recambio, proyectos fantásticos que unas veces se realizan y otras no, maquinaria y equipo para talleres de engrase y todo lo necesario para que uno vaya sobre ruedas adonde le plazca, aunque sea al fondo de un barranco. Lo único que no fabrica son aparcamientos en las ciudades, y de ahí que muchos norteamericanos están pensando ya seriamente en comprar un modelo pequeño para dejarlo debajo de la cama. Pero no era eso lo que pensaba Clive Murdock aquella tranquila mañana de otoño.

El ingeniero Spencer quería enseñarle la nueva cadena de montaje para coches que no fuesen rigurosamente en serie.

—Como sabes, aquí todo lo fabricamos en cadena —explicó—. Las diversas piezas van pasando ante los operarios, que las ensamblan y las trabajan hasta que el coche terminado y a punto de prueba sale por el otro extremo del circuito. Sin embargo, hay ahora algunos clientes exigentes que quieren que sus coches pertenezcan a series limitadas, es decir, que en el mundo haya pocos que sean como el suyo. Hemos pensado entonces fabricar series más cortas en algunos casos. Los coches serán algo más lujosos, y los obreros que los monten serán especialistas más calificados. Hoy justamente inauguramos esa cadena.

Clive Murdock pasó a verla.

Estaba instalada en una nave curiosamente estrecha. El ingeniero le explicó que así los operarios tenían tendencia a ir

siempre hacia adelante, es decir, a hacer progresar la cadena, y su atención no se distraía. Podía ser verdad o no. En todo caso se trataba de una manía más del mundo laboral americano.

El principio de la cadena se perdía en la lejanía. A ambos costados, y separados por distancias rigurosamente calculadas, los hombres trabajaban afanosamente.

Por el momento se trataba solo de comprobar su sincronización. La cadena, en realidad, aún no había sido puesta en marcha.

Spencer y Clive fueron hasta el principio de esta, donde las ruedas eran montadas a un chasis.

—En muchos modelos la carrocería se monta directamente sobre las ruedas —explicó Spencer— y los automóviles no tienen chasis. Pero los que se fabriquen en esta cadena serán de mejor calidad. Por ello verás que se construyen con arreglo a las normas clásicas.

Fueron avanzando mientras la carrocería, sin puertas aún, era movida por una grúa hasta encajarla sobre el chasis, en una segunda fase.

—Vamos hasta el final —dijo Spencer—. Así verás el automóvil cuando esté terminado del todo. Desde el puesto de control distinguirás todo el proceso de fabricación cómodamente.

—De acuerdo.

Otra grúa transportaba el poderoso motor. Sus largos brazos lo movían como si fueran articulaciones humanas. Cuando el motor estuvo colocado, la carrocería se movía un poco más, hasta quedar en su punto exacto, para ser definitivamente encajada.

Desde el puesto de control, Clive lo veía todo perfectamente, tal como le había dicho su amigo.

No había operación que escapara a su vista. El coche iba siendo montado ante sus ojos pieza por pieza.

Donde antes no había nada, aparecía ya un modelo de majestuosidad que sería el orgullo de su propietario incluso en los Estados Unidos, donde los modelos majestuosos abundaban más que las viudas feas y con gafas.

Nada había escapado a la vista de Clive.

Había presenciado como todas las piezas eran encajadas, como el coche se formaba ante sus propios ojos.

Las puertas fueron colocadas.

Un mecanismo automático, formado por gigantescos cepillos rotatorios, dio un último repaso de limpieza al coche reluciente, dejándolo listo para abandonar la cadena.

Clive estaba maravillado ante la perfección y exactitud de aquel trabajo en serie.

—Lo más útil —dijo Spencer—, es que ningún detalle de la fabricación se te escapa. Desde aquí puedes controlarlo todo, absolutamente todo. El automóvil se forma materialmente ante tus ojos. Incluso un alfiler olvidado en uno de los asientos sería visible.

El lujoso coche ya estaba al fin de la cadena.

Un resorte lo impulsó al fin de esta y salió sobre sus propias ruedas.

Spencer se acercó a la puerta del lado del conductor.

—¿Quieres probarlo? —preguntó—. Un coche fabricado ante tus ojos.

Un coche del que no se te ha escapado detalle…

—De acuerdo —dijo Clive sonriendo—, lo probaré.

Abrió la portezuela suavemente.

Y en ese momento, saliendo del interior del vehículo hasta sus brazos resbaló un cadáver.

* * *

Spencer lanzó un verdadero alarido.

Todo el movimiento de la cadena cesó. Los mil resortes perfectamente sincronizados se detuvieron. En contraste con el anterior sonido de las articulaciones, el silencio que ahora se produjo llegó a parecer espantoso.

Con ojos desorbitados, el ingeniero miraba el cadáver que ahora Clive tenía entre sus brazos.

Era el cuerpo de una mujer.

Debió haber sido muy bonita, aunque ahora su belleza estaba casi completamente borrada por la expresión de la muerte. Su fin debió haberse producido al menos veinte horas antes. Llevaba ropas finas y además bien puestas. Todo en ella estaba irreprochablemente en orden, incluso su falda, y no enseñaba ni media pulgada más de lo que hubiera mostrado una señorita

dispuesta a pasear en su último modelo de automóvil.

Clive Murdock, a pesar de que había visto muchas cosas extrañas en su vida, estaba ahora materialmente perplejo.

Con gusto hubiera lanzado él un grito, igual que Spencer.

¡Todo aquello era absurdo! ¡Era increíble!

¡Ellos mismos habían estado viendo cómo se fabricaba el coche, pieza a pieza, y de pronto, sentado casi ante el volante, aparecía un cadáver!

¡En pleno templo del automatismo y la sincronización matemática había sucedido algo de brujería!

Pero, aunque aquello pareciese obra del diablo, Clive sabía que no podía ser así. Tenía que haber una explicación lógica. El cadáver había salido de alguna parte.

Su cerebro trabajaba con la presión de un volcán.

Sus mandíbulas, encajadas con terrible fuerza, hacían que su rostro pareciese una máscara de piedra.

—¡Esto es horrible y absurdo! —gritó Spencer—. ¡Voy a volverme loco!

—Es horrible, pero absurdo no. Tiene que haber una explicación.

—¡No hay ninguna! ¡Ese cadáver ha brotado del cielo!

—¿Conocías a la muerta?

—¡No la había visto en mi vida! ¡No la había visto hasta ahora! ¡Y ojalá no la hubiese llegado a ver jamás!

La mirada de Clive Murdock se tendió sobre la inmensa longitud de la cadena mecánica.

Sus ojos intentaron captar el sitio donde había brotado aquel cuerpo sin vida. Examinó las diversas fases punto por punto.

Todas las piezas llegaban por el aire. Y el cadáver no podía haber estado volando de un lado a otro sin que ellos lo viesen.

Solo unas piezas llegaban a ras del suelo, a través de una puerta que se abría en la estrecha nave.

Los asientos.

Los asientos, que eran de una tapicería de calidad excepcional, llegaban, además, cubiertos por una manta

Solo cabía una posibilidad, dentro de lo increíble de aquella situación. El primer asiento delantero de la cadena había llegado

con un cadáver tendido y encogido sobre él, y cubierto cuidadosamente con una manta. Eso indicaba que los dos montadores de los asientos estaban al tanto de lo que iba a suceder.

Como las puertas encajaban mecánicamente y se ofrecían ya cerradas a los ojos de los siguientes operarios, era posible que estos, atentos a su trabajo, no hubieran dirigido una sola mirada al interior del coche. Al abrir y cerrar la puerta de repente un par de veces, para probarla, el cadáver no había tenido tiempo de resbalar hacia el exterior. Había tenido que abrirla él, Clive, completamente, para que cayera del todo entre sus brazos.

Por consiguiente, había dos personas sospechosas en la cadena. Hacia ellas pensó dirigirse Clive Murdock

—¡Que nadie salga! —había gritado Spencer ya—. ¡Tenemos que abrir una investigación!

En efecto, nadie se movió, porque resultaba muy difícil acusar a alguien en concreto, y los operarios lo sabían. Pero cuando Clive se dirigió a los que habían encajado los asientos ocurrió algo nuevo.

Los dos saltaron de repente.

De los bolsillos de sus monos, inmaculadamente blancos, surgieron dos objetos negros.

Clive tuvo el tiempo justo de pegarse a un borde de la cadena, mientras las balas arrancaban esquirlas de acero a los raíles por los que habían de deslizarse los coches.

Él no empleó su calibre 38. Necesitaba capturar vivos a aquellos hombres. Le precisaba saber qué misterio se ocultaba tras aquel asesinato incomprensible.

Uno de los dos disparó contra el obrero que ponía en movimiento la cadena y que la había parado instantáneamente, al oír el grito del ingeniero Spencer.

El controlador cayó. Su asesino puso entonces en movimiento la implacable cadena de producción, aquella especie de monstruo del que los hombres eran simples esclavos.

Clive oyó un chasquido encima de su cabeza.

En el último segundo logró darse cuenta de lo que sucedía. Uno de los gigantescos motores, transportado por la grúa, estaba justamente encima de él. ¡Y la grúa, accionada por el asesino que estaba al control, lo había soltado antes de tiempo!

Clive Murdock, que estaba pegado a los raíles, dio un terrible salto mientras el motor se estrellaba justo donde unos segundos antes estuvo su cabeza. El tremendo bloque se resquebrajó. Caso de caer sobre Clive, lo hubiese triturado materialmente.

Ahora el joven saltó de nuevo. Fue hacia uno de los coches siguientes de la cadena, que aún no tenía puertas.

Dos balas atravesaron la plancha. Una de ellas rebotó y llegó a rozarle la mejilla, mientras Clive salía por el otro lado del vehículo.

De pronto cayó.

Uno de sus pies había quedado preso en un engranaje. El asesino que estaba al control lanzó un grito de triunfo.

Una de las gigantescas pinzas de la grúa más próxima bajó hasta Clive. Este la vio descender con ojos desorbitados, mientras tiraba desesperadamente para liberar su pie.

Intentó quitarse el zapato, pero resultó inútil. Era su pie el que estaba apresado. ¡Era su pie lo que los movimientos implacables de la cadena estrechaban más y más!

Las pinzas estaban ya a media yarda de su cuerpo. No podía apartarse esta vez.

Construidas para sujetar piezas metálicas, la presión de aquellas pinzas debía ser gigantesca. Todo el cuerpo de Clive sería materialmente triturado en cuanto cayesen sobre él.

Clive se dio cuenta de que iba a morir, pero no lanzó ni un grito. Solo sintió ganas de burlarse de sí mismo.

¡Iba a acabar sin vida en un día que creyó de vacaciones! ¡Un día que había destinado para hacer una visita rutinaria a una nueva cadena de montaje!

Bien mirado, no valía la pena ni de chillar. La vida es absurda de principio a fin. Tenía que aceptar aquello como un hecho irremediable.

El que lanzó un grito fue su amigo Spencer.

Dando un salto, se colgó de la grúa. Esta, que no estaba construida para resistir choques repentinos, se desvió. Spencer, que acababa de salvarle la vida, fue a posarse de nuevo en tierra.

En aquel momento sonaron dos disparos.

Clive, con horror, vio marcarse dos botones rojos en la camisa de Spencer. Lanzó un aullido como si las balas le hubieran

atravesado a él mismo. Su amigo cayó junto a él, con una mueca de muerte en el rostro.

Ahora Clive tiró de su pie, sin importarle romperlo. Ya ni siquiera sentía dolor. Sabía que para él iban a ser las próximas balas.

El pie aprisionado salió sin zapato y con el calcetín empapado en sangre. Clive dio una vuelta sobre sí mismo, mientras un nuevo proyectil arrancaba aristas al acero. Los dos asesinos se replegaban, pero era para dar un rodeo y cazarle de flanco. Parecían sentirse muy seguros, como si estuvieran convencidos de que en el momento oportuno alguien les ayudaría a huir.

Pero Clive Murdock estaba decidido a morir. Después de haber visto caer para siempre a Spencer, él vivía ya de prestado. No le importaba una bala con tal de capturar a aquellos dos perros.

Sus brazos hercúleos levantaron el siguiente coche de la cadena, por la parte del motor. Todos los operarios cobijados en los rincones lanzaron un grito de asombro.

Sus balas atravesaron la plancha del coche, pero sin llegar a alcanzar a Clive porque los dos asesinos no podían verlo. De pronto el vehículo entero dio una vuelta de campana.

Ambos asesinos se habían acercado demasiado a Clive, en su intento de rematarle. Los dos fueron apretados por la carrocería y lanzaron un mismo chillido.

No habían sufrido heridas graves, pero estaban inmovilizados. Clive extrajo su revólver para obligarles a que soltaran sus armas.

No tuvo tiempo.

En aquel momento una de las claraboyas de la nave, por donde esta recibía luz y aire, se abrió del todo. Y por ella voló un objeto redondo en dirección al automóvil.

Clive dio un salto de costado, mientras lanzaba un grito a los obreros para que se pusiesen a cubierto. Había visto el número suficiente de aquellas bombas para saber lo que iba a ocurrir. Ya no tenía tiempo de mover el coche para liberar a los dos asesinos, ya no podía hacer nada.

El estallido casi le dejó ciego.

Un mar de llamas pareció brotar del vehículo, al estallar la bomba en él. Toda la grasa de que estaba provisto se convirtió en

materia inflamante. La bomba incendiaria lo convirtió en una hoguera en cuestión de segundos, mientras los dos asesinos, apresados bajo él, aullaban sin poder escapar a su horrible muerte.

Clive sujetó una barra de hierro e intentó acercarse al coche para volcarlo y sacarlo de allí, pero dos obreros se lo impidieron lanzándose a sus pies. Desde el suelo vio, con una mueca de rabia, que los dos asesinos iban a convertirse en verdaderas antorchas humanas. Ya nada podía hacer por ellos, excepto ayudarles a morir.

Los apuntó con su revólver, y en aquel momento, desde la misma claraboya, brotó otro objeto redondo.

Todos saltaron en cualquier dirección, buscando escapar a la horrible muerte. Los mecanismos automáticos contra incendios se habían puesto a funcionar ya, pero no evitaron que la segunda bomba estallara y las llamas se pegaran a las paredes como seres viscosos. Clive tuvo el tiempo justo para sacar de allí a uno de los obreros que ya se estaba convirtiendo en una antorcha. Disparó entonces contra la figura negra que estaba en lo alto de la claraboya.

No consiguió alcanzarla. Aquella persona se movía con gran rapidez, y además Clive había tenido que disparar demasiado precipitadamente.

En un instante, el que había arrojado las dos granadas desapareció. Y todo el mundo supo que sería imposible tratar de capturarle en el inmenso laberinto de fábricas.

Una montaña de espuma se había abatido ya, entretanto, sobre los vehículos incendiados. El sistema de alarma había funcionado a la perfección. Unos segundos bastaron para que las llamas fueran sofocadas completamente.

Clive Murdock paseó entonces, en torno suyo, una mirada llena de desolación.

Spencer había muerto, y habían muerto también los dos que podían arrojar alguna luz sobre aquel inexplicable asunto, es decir, los dos hombres que habían colocado el cadáver en el coche. Solo el asesino de ambos vivía aún, pero ya no podrían capturarle.

Varios hombres de la enfermería de la fábrica entraron corriendo. Dos porteros armados se presentaron también.

Todo eran gritos, maldiciones, órdenes emitidas con voces roncas. Solamente Clive estaba allí quieto, pensativo, sin decir una

palabra.

Sintió entonces que alguien le sujetaba.

—Está usted herido. Necesita que le atiendan.

—No es nada.

—¿No, eh? Trate de andar.

Clive lo intentó y por poco dio de narices contra el suelo. Entonces pudo comprender que su pie necesitaba, al menos, un vendaje elástico. Dejó que lo transportaran a la enfermería, mientras el tumulto crecía y crecía en torno suyo, hasta transformarse en una auténtica crisis de histeria.

En la enfermería, al menos, había silencio. Bueno, lo hubo hasta que el inspector Brandon se presentó allí.

Brandon había estado en la Brigada de Homicidios de Nueva York, de donde fue trasladado a Detroit. Clive lo recordaba vagamente, pero el otro sí le conocía a él. Al verle, emitió una especie de ladrido.

—Te he encontrado ya en demasiados líos, Clive. ¿Qué infiernos significa esto?

—Lo que quisiera es que me lo explicaran a mí.

—¿Cómo estás aquí?

—Spencer me invitó a ver funcionar la nueva cadena de montaje.

—Sí, ya me he dado cuenta de que tu nombre estaba registrado en el control de entrada. ¿Pero qué ha ocurrido verdaderamente?

—Yo quisiera saberlo también. De todos modos, te explicaré lo que he visto.

Mientras le curaban y le vendaban el pie, Clive narró con detalle todo lo que había sucedido. Se dio cuenta de que Brandon no lo entendía bien. El viejo policía estaba tan confundido como al principio lo había estado él mismo.

—Hay ahí una montaña de cosas que no tienen sentido, Clive.

—Lo sé.

—¿Por dónde sugieres empezar?

—Creo que, en este caso, a pesar de que se sale de todo lo corriente, hay que comenzar también del modo clásico. Debemos, ante todo, identificar a la víctima.

—De acuerdo, eso no será difícil. ¿Qué vas a hacer tú

entretanto?

—Necesito un trago.

—Espérame en el bar de la factoría. Hay uno muy grande. No sirven whisky en horas de trabajo, pero a ti te darán una botella si escupes un dólar de propina. Yo iré dentro de una hora.

—Okey.

Clive ya tenía el pie vendado y había podido calzarse otra vez. Se dio entonces cuenta de que la enfermera que había hecho el trabajo no debía tener más allá de veinte años, era alta y rubia y tenía unas piernas sensacionales, que ni las feas y gruesas medias blancas lograban estropear.

—¿Se siente mejor, señor? —preguntó sonriendo.

—Fatal —gruñó Clive.

Dio un traspié e intentó caerle encima. Pero la chica era lista y se apartó a tiempo. Clive acabó aterrizando en una de las butacas.

* * *

En la cantina tuvo que escupir dos veces. Es decir, hubo de dar dos dólares, en lugar de uno, como propina, aparte el valor de la botella de whisky. Se la llevó a un rincón, puso los pies encima de la mesa y empinó el codo. Al cabo de unos minutos ya le parecía que no había visto una mujer muerta, sino cuatro.

Fue entonces, cuando apareció Brandon.

Traía una cara de mal humor impresionante. Se sentó ante Clive y puso también las piernas sobre la mesa.

—Oye, has dejado la botella medio muerta.

—¿Y qué hay de la chica que estaba muerta del todo?

—No entiendo un asunto así, muchacho.

—¿Por qué?

—Este es un lugar serio. Un sitio podrido de esos donde solo se viene a trabajar. Lo que ocurre no tiene sentido.

—Estoy seguro de ello. ¿Pero quién era la chica?

—Una expresidiaría.

—¿Y qué hacía aquí?

—No lo sé, pero tenía pase de libre circulación.

—Alguien debió dárselo.

—Por supuesto, pero no he averiguado todavía quién.

Clive se atizó otro trago. Su cara iba tomando ya el mismo color que la botella.

—¿Sabes el nombre de la muchacha?

—Eso te dirá poca cosa. Se llamaba Nadine, y cumplió condena por robo. Era muy bonita. En otro tiempo, ¿sabes? había servido como modelo para fotos de esas.

Clive sabía perfectamente a qué clase de fotos se refería Brandon. Lanzó un gruñido.

—¿Y sus asesinos? ¿Quiénes eran?

—Los he identificado ya, a pesar de las quemaduras. No pertenecían a la plantilla de la factoría, aunque debían tener una cierta experiencia en esta clase de trabajos. Golpearon y encerraron a dos de los miembros de la cadena y ocuparon su lugar. Uno de los fulanos se llamaba Bradley, el otro Hutton. Los dos tenían unas fichas grandes como esa pared. Habían hecho de todo, desde ensuciarse con cualquier cosa hasta asaltar un pequeño banco en Dodge City. Pero generalmente se alquilaban para trabajos secundarios, por cuenta de otro. Quiero decir que mataban a tarifa fija, e incluso sospecho que admitían abonos. Dentro de poco, en este cochino país, se llegará a eso.

Clive se atizó otro trago. Ya no sabía a cuántas personas habían matado aquella mañana, pero se sentía mejor.

—De acuerdo —dijo—. La primera conclusión que se obtiene es que hicieron el trabajo por cuenta de otro y ese otro les eliminó al ver que las cosas se enredaban, a fin de que no hablasen, pero eso explica, de todos modos, muy pocas cosas.

—¿Y a ti qué se te ocurre para remediarlo?

—Amigo, no se comete un crimen de esa clase, en circunstancias tan especiales, si no es para dejar a alguien literalmente aterrorizado. Para darle una lección que no olvide jamás. Y esa lección solo podían tratar de darla a tres personas.

—¿Quiénes?

—A mí, en primer lugar. Pero me parece que yo nada tenía que ver con esa muchacha.

—Desde luego. Debía ser la única mujer de América a la que no hubieses prometido casarte con ella luego de… luego de todo.

¿Quiénes son los otros dos tipos?

—El ingeniero Spencer y el que iba a comprar el coche.

—¿El ingeniero Spencer, por qué?

—No lo sé, pero es una posibilidad a tener en cuenta. En cuanto a la persona que iba a comprar ese primer coche, debía ser alguien importante. Se trataba de una serie reducida, cuyos ejemplares serían bastante más caros que los de serie normal. Siempre hay fulanos que se pirran por tener el primer ejemplar que sale en esas condiciones. Habría que saber quién encargó este.

—¿Y qué tiene que ver?

—Puede que nada, o a lo mejor mucho.

Clive se levantó. La sala empezó a dar vueltas en torno suyo y tuvo que apoyarse en la mesa.

—Oye, ¿es que no te sostienes?

—Es el pie —susurró él.

—¿Estás seguro de que no se trata de la cabeza?

—Tonterías. Estoy perfectamente.

En lugar de hacerlo por la puerta, fue a salir por una de las ventanas. Brandon le detuvo a tiempo y luego le acompañó.

—No sé si dejarte solo.

—Pues tendrás que hacerlo, porque lo que voy a averiguar es mejor que lo haga sin la ayuda de nadie.

Fue a las oficinas y preguntó a quién estaba asignado el primer coche fabricado por la nueva cadena.

—Era para míster Moisés Humbold —le explicó el jefe de la cartera de pedidos.

—¿Y quién es ese fulano?

—El propietario de la isla Maikel, señor.

—¿La isla Maikel?

—Está en el rosario de pequeñas islas que se encuentran entre Cuba y Miami, señor. Es uno de esos pedazos de tierra que durante un tiempo se discutió si estaban bajo la jurisdicción de La Habana o la de Washington. El caso es que Humbold lo compró al Gobierno federal y vive allí desde hace dos años.

—Comprendo, todo un personaje.

—¿Algo más, señor?

—Necesito saber la dirección del ingeniero Spencer.

—212 de la Avenida Michigan, señor.

—Gracias.

Ahora Clive ya tenía el whisky en los pies. Sabía beber, y el alcohol le producía efecto durante limitadísimo tiempo. Completamente despejado, pero todavía andando con dificultad, se dirigió a su coche.

Condujo a poca velocidad, hacia la Avenida Michigan, sorteando las nubes de coches que venían en dirección contraria. Era la hora de salida del trabajo de un sábado. Todos los que no habían concluido la jornada ya el viernes, la acababan a aquella hora. Frenéticas multitudes con sus bártulos de pescar se dirigían hacia el lago. Daba la impresión de que la ciudad se iba a quedar vacía… excepto en su depósito de cadáveres.

Mientras conducía, Clive iba pensando en Spencer. Era poco lo que sabía de él, salvo que era soltero y que se había dedicado durante toda su vida a trabajar y nada más que a trabajar. Por eso había llegado tan joven a un puesto destacado, aunque cabía preguntarse si realmente valía la pena. Ahora, hecho un ovillo en el depósito de cadáveres, Spencer debía pensar, si es que los muertos piensan en algo, en el inútil tiempo perdido.

Hacía calor aún. Un sol casi blanco quemaba en el horizonte.

Clive se detuvo ante la dirección indicada, un alto edificio de apartamentos de lujo, y subió hasta el piso de Spencer, señalado en la relación de vecinos de la entrada. No llamó ni hizo ningún otro ruido. En el pasillo solitario, empleó su juego de llaves falsas.

Y cuando logró abrir la puerta, lanzó una especie de estertor agónico.

Pero antes de seguir acompañando a Clive Murdock en esta extraña aventura, hay que conocer a alguien más, a una mujer que había perdido su nombre, a la que solo se designaba por un número.

CAPÍTULO II

LA oficial femenino de prisiones tendió su cartilla a la reclusa número 4.158.

—Toma. Firma aquí.

La 4.158 firmó.

Tenía unas manos finas y delicadas, que la funcionaría de prisiones estuvo mirando mientras manejaba la pluma. Observó también el cuerpo esbelto de la mujer, ceñido por su traje chaqueta gris. La 4.158 tenía las caderas anchas y altas, de modo que su cintura cimbreante parecía cabalgar sobre un mundo sólido, lleno de promesas. La celadora siempre había envidiado aquello, aquel cuerpo prodigioso que ella no tendría nunca.

Pero, en cambio, no le envidiaba su cara.

La miró a los ojos y preguntó:

—¿Qué harás ahora?

La 4.158 tenía unos ojos profundos, fijos, inquietantes.

—No lo sé.

—Tienes buen aspecto.

—¿Sí?

—A ver. Retírate el cabello.

Los labios de la 4.158 se fruncieron en una mueca.

—Váyase al infierno.

—No ha mejorado tu mejilla, ¿eh?

—Ya no soy la 4.158. Sino Betty Taylor. He obtenido mi libertad. Por eso le repito: váyase al infierno.

La oficial de prisiones miró con complacencia el cabello intensamente negro que cubría enteramente toda una mejilla de la 4.158, estilo Verónica Lake, es decir, un estilo ya pasado de moda. De la mejilla no se veía nada.

—¿Qué tal la marca que te dejó tu amiguito? —preguntó burlonamente—. ¿Aún tienes aquellos agujeros en media cara?

—¡Cállese!

La funcionaría se limitó a sonreír.

Tendió un volante numerado a la 4.158, que ahora volvía a ser Betty Taylor.

—Tus cosas. Recógelas en conserjería antes de salir. O si quieres, déjalas, porque vas a volver pronto.

—¿Usted qué sabe?

La oficial se encogió de hombros y se asomó a la ventana mientras la reclusa salía. Abajo esperaba un «Oldsmobile» azul, con al menos dos hombres dentro. Seguro que los que aguardaban no eran miembros de la Liga para Protección de Menores. Debían ser, como la reclusa, dos auténticos bichos.

Betty Taylor, acompañada siempre por una celadora, llegó al departamento de conserjería.

—Mis cosas.

La oficial recogió el volante numerado.

—Te han dado suelta, ¿eh?

—¿Le sabe mal?

—Me revientan los de la Junta de Libertad Vigilada Dentro de dos meses volverás a estar aquí.

—Y otra vez me volverá a sacar la Junta.

—No hay cómo saber cruzar las piernas a tiempo —dijo la oficial, rencorosamente—. Aunque con esa cara…

—¿Qué pasa con mi cara?

—Bueno, ya está bien de imitar a Verónica Lake. ¡Ya ha pasado de moda!

—Si tengo media cara hecha cisco, ¿qué le importa?

—Nada. Era, simplemente, que tenía ganas de decirlo.

—Siempre he pensado que las mujeres que se ofrecen para vigilar a otras mujeres son las peores de todas.

—Andando, menos charla.

La oficial puso sobre el mostrador un paquete que desenvolvió ante los ojos de Betty Taylor. Había allí algunas prendas de vestir, un bolso de piel de cocodrilo de primera calidad, un llavero, un estuche de tocador y un billetero vacío.

—¿Está todo?

—Sí. Correcto.

—Pues firma el recibo y lárgate.

La 4.158 firmó y se marchó.

Exhaló un lento suspiro cuando se sintió en la calle, tibia bajo el sol de la mañana, una vez que se hubieron cerrado a su espalda las puertas de la cárcel.

El «Oldsmobile» azul puso el motor en marcha y llegó justamente hasta el lugar donde aguardaba ella.

—Sube.

Un tipo grueso, con la mandíbula inferior algo caída, se sentaba al lado del conductor. Betty lo conocía. Era Kid Janiro.

Ella preguntó:

—¿Atrás?

—No, a mi lado.

Kid Janiro se retiró sobre el diván delantero, dejando un puesto libre junto a la puerta. Betty subió. Al hacerlo no evitó en absoluto una buena exhibición de piernas.

—Vaya! —gruñó Kid—. Veo que en la cárcel también usáis medias finas.

—Estas no son las reglamentarias.

—A ver.

Betty le contempló con indiferencia.

—¿Cómo me has reconocido? A ninguno de vosotros os había visto nunca excepto a ti, Kid. Pero tú no me viste a mí entonces. Es la primera vez que me echas los ojos encima. Repito: ¿Cómo me has reconocido?

—Conan nos hizo una estupenda descripción tuya, y además hemos visto aquella foto.

—La foto estaba tomada de lejos. No sirve para nada. ¿Crees que con esa cara iba a consentir que me fotografiasen de cerca?

La parte que cubría el cabello quedaba junto a la ventanilla. Por eso Kid no podía verla bien.

—Sí, ya me han contado. ¿Se puede tocar?

—¿Te refieras a las que no son de reglamento?

—No. Las quemaduras y las cicatrices, para ver si son auténticas.

—¡Estúpido!

Kid Janiro lanzó una carcajada.

Dio un codazo al que manejaba el volante y este soltó el embrague para que el automóvil se pusiera lentamente en marcha.

Rodaron a poca velocidad hasta la esquina próxima, pasada la cual aceleraron.

—Bueno, vamos a hablar en serio —dijo Kid poniéndole una mano sobre la falda—. ¿Estás dispuesta a trabajar?

—Necesito hacerlo.

—Verás a Harvey hoy mismo.

—Harvey tampoco me conoce.

—Es igual, Conan responde por ti. ¿Qué te pasa?

—Nada.

Al doblar la esquina, Betty Taylor había quedado intensamente pálida.

Kid Janiro miró con extrañeza a la persona que la había alterado así.

Y se extrañó porque era simplemente una muchacha.

Llevaba unos libros.

Tendría ya unos veintidós años. El calificativo de «muchacha», pues, quizá ya no resultaba adecuado para ella.

Pero se había calzado zapatos bajos, usaba medias un poco gruesas de colegiala, llevaba un tres cuartos de ante y los libros. Cualquiera hubiese podido confundirla con una universitaria de primer curso.

Kid Janiro también.

Hizo un gesto de indiferencia, mirando al conductor, y gruñó:

—Acelera.

La muchacha, o la mujer más exactamente, cruzó la calle cuando el «Oldsmobile» azul hubo desaparecido.

Penetró en un edificio que estaba en el otro lado de la calzada, un viejo edificio de dos plantas sobre cuya fachada campeaba un letrero que decía: «Honorable pensión de la señora Scott».

La mujer sabía que aquella pensión no era honorable ni nada parecido, porque casi todas las clientas de la señora Scott eran mujeres recién salidas de la cárcel, que antes de regresar a Nueva York se acostumbraban allí a la libertad durante un par de días. A

veces recibían a sus amigos. La señora Scott era muy tolerante.

La mujer atravesó el portal, abrió una puerta de cristales donde estaban grabadas las letras «Honorable Pensión», y subió unas viejas escaleras hasta el segundo piso.

Entró en la habitación número veintiocho sin preocuparse de llamar.

Instantáneamente, sus párpados sufrieron una sacudida.

No había nada anormal en la habitación, donde el orden era perfecto, pero los ojos de la mujer se habían fijado en un gran ramo de flores situado junto a la ventana.

Inmediatamente alguien que había estado acechando junto a la hoja de madera, se abalanzó sobre ella y le tapó la boca, mientras con la otra mano le golpeaba la nuca.

La mujer recibió el impacto, pero no perdió el sentido. Sus rodillas se doblaron, y cuando pareció que iba a caer, arqueó bruscamente la espalda mientras sujetaba con las dos manos los dedos que taponaban su boca. El hombre, sorprendido, saltó hacia adelante, por encima de los hombros de la muchacha, antes de darse cuenta de lo que ocurría. Fue a caer sobre la cama, desde donde su cuerpo salió proyectado hacia arriba. Antes de que pudiera defenderse, la mujer le sujetó por la muñeca derecha, lo volteó otra vez, ahora sobre el suelo, y cuando el hombre estaba caído, le puso la rodilla sobre el cuello.

Él lanzó un ronco gemido.

Sabía que si la mujer dejaba caer todo su peso sobre el cuello, apoyándose en aquella única rodilla, le dejaría estrangulado en pocos segundos. Pero la joven no lo hizo.

Por el contrario, retiró la rodilla, sin preocuparse de la posición de su falda, descendió la cabeza hasta colocarla a la altura de la del hombre y besó a este en los labios.

—Hola, Nick.

Nick se estremeció al contacto de aquella boca.

—¿Quién eres? ¿Cómo me conoces?

—Tú eres el novio de Mónica. Un guapo muchacho, pero bastante estúpido. Cuando quieras dar a alguien un buen golpe en la nuca no le sujetes la cabeza con la otra mano, porque así no puedes dar impulso al brazo que golpea.

A él parecía faltarle la respiración.

—¿Por qué me has besado?

—¡Oh! No tiene importancia. Siempre he pensado que Mónica había tenido mucha suerte.

—Es que… Bueno… ¿dónde me viste?

—Un par de veces de las que has salido con Mónica os he podido contemplar a mi gusto. Y no estás nada mal. Tienes unos hombros perfectos. A ver, ponte en pie.

Ella se levantó, dejándolo libre del todo. El hombre se levantó seguidamente, sintiendo una confusa vergüenza al verse contemplado y analizado por ella, de igual modo a que un hombre contemplaría a una mujer.

—Sí, eres un guapo muchacho —reconoció ella—. ¿Cuántos años tienes? ¿Veintitrés, por ejemplo? Eres un crío. Anda, recoge mis libros.

Él los recogió poniéndolos sobre una mesa. Se dio cuenta de que eran libros de Medicina, aunque no pudo leer con detalle los títulos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó al fin.

—Gaby Laurent.

—¿Y dices que conoces a Mónica?

—Soy una de sus mejores amigas.

Él extrajo un cigarrillo y fumó ansiosamente. Estaba tan nervioso que hasta le temblaban los dedos.

—Nunca me había hablado de ti.

—Lo comprendo. No soy, digamos, una chica recomendable. Mucha gente me tiene manía.

—¿Se avergonzaba Mónica de ti? ¿Cómo podía avergonzarse si ella había estado en la cárcel?

—No me gusta que la gente hable de mí —explicó Gaby—. Y le había rogado a Mónica que no lo hiciese.

Él seguía fumando ansiosamente su cigarrillo.

—Al entrar tú, he visto que hacías un gesto de sorpresa por no encontrar a Mónica aquí. Sin duda espéralas encontrarla. ¿Sabes dónde está?

—No.

—¿Ni idea?

—Bueno, una leve idea sí. A Mónica le ha ocurrido algo.

—¿Cómo lo sabes?

Ella señaló con el mentón el florero, mientras entendía otro cigarrillo que chupó con sus labios gruesos y golosos.

—Con Mónica teníamos una especie de señales establecidas, una especie de código secreto. Todo consistía en este jarrón con flores artificiales que ella tenía sobre la cómoda. ¿Ves? Sobre la cómoda, debajo del jarrón, había siempre ropas o algún objeto personal de modo que el jarrón tuviese que retirarse. Ella, con un gesto personal levantaba el jarrón y lo colocaba junto a la ventana. Esa era la señal de que se la habían llevado a la fuerza.

—Pero aquí no hay ningún signo de desorden… Y si le han permitido llevarse objetos personales…

—Se la han llevado amenazándola con pistolas, pero sin golpearla. Ha sido un rapto con buena educación, por decirlo así. Caso de haber habido violencia física, ella habría procurado volcar el jarrón para avisarme.

Él dejó caer el cigarrillo al suelo, mientras sus dedos seguían temblando intensamente.

—Pero ¿quién la ha raptado?

—No lo sé.

—¿Y por qué se la han llevado? —todo el cuerpo del hombre sufrió un estremecimiento—. ¡Dios mío! ¿Por qué?

—Sin duda ella sabía algo que no interesaba que se divulgase.

—¡Pero eso es absurdo! Desde que salió de la cárcel a causa de aquel robo, ella no había vuelto a tratar con nadie. Es imposible que supiese algo comprometedor.

—Hay muchas cosas peligrosas que se aprenden en la cárcel y a veces sin querer tratar con nadie.

Dio una lenta chupada a su cigarrillo y añadió:

—Tú también tenías la sensación de que algo extraño había ocurrido, porque me has tratado como a una enemiga nada más entrar.

—En la Infantería de Marina aprendí que hay que atizar primero y preguntar después.

—¿Aunque se trate de una mujer?

—Una mujer, con las tretas del judo, puede ser tan fuerte como

cualquier hombre. Y, desde luego, es siempre mucho más astuta.

Una línea de preocupación se marcaba en la frente del hombre. Pero esta señal era aún más intensa, en la frente de Gaby.

Nick se dio cuenta ahora, al mirarla con más calma, de que era irresistiblemente bonita. Tenía las piernas largas, bien torneadas y elásticas. Las caderas anchas y rotundas. Su busto no era excesivamente pródigo, pero se adivinaba juvenil, tenso y duro. Tenía los labios gruesos, los ojos inquietantes, como los de una gata y los cabellos de un extraño y hermoso color rubio ceniza.

No obstante, sus zapatos bajos y sus medias demasiado gruesas, a pesar de su atuendo excesivamente juvenil, aquella mujer tenía algo diabólico que hubiera sido difícil encontrar en otra mujer, aunque se la buscara por todo el mundo.

—¿Te llamas Gaby? —repitió Nick—. ¿Gaby y qué más?

—Gaby Laurent. Creo que te lo he dicho ya.

Él se acercó nerviosamente a una ventana. Sus ojos escrutaron a través de esta la luz un poco turbia de la calle.

—Hemos de encontrar a Mónica. Esa maldita señora Scott, ¿no habrá visto quién se la llevaba?

—La señora Scott nunca se entera de nada. Ni yo he visto a nadie al subir, ni tú habrás visto a nadie tampoco. Dice que así está segura de ser discreta, y el ser prudente forma parte de su negocio.

—Pero debe existir alguna pista… Algún rastro… Algo…

—No hay tiendas por aquí enfrente. Y si alguien vio, por ejemplo, salir a Mónica dirá sencillamente que la acompañaban dos hombres en un coche. Ellos no llevarían las pistolas en las manos, claro, sino en los bolsillos. Hasta parecerían unos buenos chicos llenos de amabilidad. Y nadie se habrá fijado en las placas de las matrículas.

Gaby se puso también en pie, acercándose a la ventana igualmente.

Junto al jarrón de flores había un pequeño aparato de radio a pilas, y Gaby lo conectó.

Estaban dando un boletín oficial de noticias. Un par de incendios, un atraco a una joyería y, sobre todo, muchos accidentes de circulación. Aquello no logró distraer los pensamientos de Gaby. Cuando iba a desconectar, la voz de la locutora anunció que un

escritor cuyo nombre no se había hecho público, había sido detenido en flagrante delito cuando intentaba forzar la puerta del Museo Antropológico, contiguo al templo amabaptista de Harlem. No han querido dar ninguna explicación de sus actos, alegando que la policía no iba a creerle.

Gaby hizo un gesto de hastío.

—Escritores… gente loca.

Además, aquello no tenía ninguna relación con Mónica ni podía tenerla.

—Pero tú sabes cosas de ella —siguió diciendo Nick, como aferrándose a una última esperanza—. Puedes tener alguna pista.

—Reflexionando bien, tengo una, pero no me atrevo a creer en ella.

—¿Qué es lo que sabes? Habla…

—Hoy ha salido Betty Taylor de la cárcel. La he visto. La estaban esperando.

—¿Quiénes?

—Kid Janiro y unos cuantos «torpedos» de los que dominan el «rackett» de las drogas de los sitios elegantes de Nueva York. Eso indica que Butler se ha puesto en movimiento.

—¿Quién es Butler?

—El jefe de Kid Janiro.

—¿Y qué tiene eso que ver con Mónica?

—No lo sé. Ya te he dicho que no lo sé ni creo que eso sea una pista. Pero una, con los años, termina creyendo en las coincidencias. Además, el «rackett» de las drogas está en todas partes. Puede que Mónica tenga algo que ver con él.

—¿Qué es exactamente el «rackett»?

—Me admira tu ingenuidad, dulce amigo mío —dijo ella con voz suave—. Muchos de los cigarrillos y de las bebidas que tú habrás comprado han sido suministrados por un «rackett», pero tú no lo sabes. Un «rackett» es una organización, generalmente con un negocio en exclusiva, para una zona determinada. Por ejemplo, el de Butler distribuye drogas. Toda la «mercancía» llega desde el Oriente Medio a través de Italia, y en París tiene su mercado distribuidor, pese a estar allí la sede de la Interpol. Pero en París, apenas se vende, porque allí no hay demasiada gente que tenga el

vicio de las drogas. Todo sale para los Estados Unidos, donde está el principal mercado consumidor. De la distribución de la droga entre los tarados de los barrios elegantes de Brooklyn, se encarga en exclusiva el «rackett» de Butler. Y hoy sus hombres han hecho unos movimientos desusados, pero no acabo de ver la relación.

—¿Cómo sabes tú todo eso? ¿Eres policía? No tienes aspecto.

—No soy policía.

—Entonces…

—He sido periodista durante un tiempo, pero abandoné la profesión, al menos de momento. Ahora estudio Medicina.

—Todo esto no tiene sentido —susurró él llevándose una mano a la frente.

—Las cosas, al principio, no parecen tener sentido nunca. Son como las partes de un rompecabezas, que cuando se ven dispersas dan la sensación de que no encajarán jamás. Pero tiene que haber una relación entre la salida de Betty Taylor, la aparición de Kid Janiro por aquí y la desaparición de Mónica. Tiene que haberla…

La arruga de preocupación seguía marcándose profundamente en su frente. Añadió:

—Pero Kid Janiro no puede haberse atrevido a raptar a nadie. Es demasiado conocido. En realidad, no aparece en público, y por eso me ha llamado tanto la atención hoy.

—Esa tal Betty Taylor… ¿fue compañera de celda de Mónica?

—Es posible.

—¿Necesitará Betty Taylor algo en lo que Mónica pueda ayudarla? ¿Serán muy amigas tal vez?

—No.

—¿Cómo lo dices con tanta seguridad?

—Porque Betty es un monstruo.

—¿Cómo?

—Es un monstruo no solo porque tenga media cara abrasada y llena de cicatrices, la cual tapa con el cabello. ¡Oh, no! Eso sería lo de menos. Es un monstruo por lo que hizo. Aún no entiendo cómo han podido dejarla suelta los de la Junta de Libertad Vigilada, aunque ella pueda disponer de los mejores abogados de Nueva York.

—Hablas con una sequedad que asusta. ¿Qué hizo esta pájara

llamada Betty Taylor?

Ella intentó sonreír.

—Déjalo. No me gusta hablar de esas cosas. Cuando lo hago me entran tentaciones de convertirme en verdugo.

—Pero ¿qué hizo?

Gaby pareció escupir la voz por entre las comisuras de sus labios:

—Era su especialidad. Raptó y asesinó a una niña.

CAPÍTULO III

SÍ, CLIVE había tenido una buena sorpresa.

Dentro del apartamiento de Spencer, esperándole ya, había dos hombres. Los dos empuñaban pistolas.

Clive no se detuvo ni una décima de segundo, ni el tiempo necesario para ver bien a los dos individuos. El estertor de su garganta coincidió con el salto que dio hacia un costado de la puerta. Dos taponazos sonaron entonces mientras dos balas atravesaban el hueco de la entrada.

Los dos buitres disparaban con silenciador; querían matarle finamente, como el que acaricia. Pero maldito si iban a conseguirlo.

Clive había desenfundado ya su 38. Disparó en diagonal a través de la puerta, para que sus enemigos retrocediesen.

Sabía que no iba a lograr alcanzarlos, pero al menos los obligaría a recular. Los acorralaría dentro del apartamiento.

Luego saltó, pasando rapidísimamente por delante de la puerta, mientras disparaba de nuevo.

Vio que los dos individuos corrían hacia el fondo del *living*. Clive saltó al interior, mientras disparaba de nuevo.

Pensó entonces que no convenía prodigar tanto las balas. Había gastado cuatro sin alcanzar a nadie.

Velozmente repuso las cápsulas que faltaban. No veía a sus enemigos, pero por eso mismo sabía que en cualquier momento podían aparecer detrás de él y acabar con él.

Hizo entonces algo muy sencillo. Salió al exterior por una de las ventanas y se pegó a la fachada, a diez pisos de altura. El tráfico, a sus pies, daba verdadero vértigo.

Un minuto después comprendió que no se había equivocado. Para sorprenderle por la espalda, los dos individuos salieron también por una de las ventanas. Pensaban entrar por otra situada

en el lado opuesto de la casa y así cazar por detrás a Clive.

De momento no le vieron, pues estaban lejos de sospechar que él había adivinado la trampa.

Solo uno de ellos, definitivamente, fue a deslizarse por la comisa que rodeaba el edificio a la altura de las ventanas. El otro se quedó para cazar a Clive entre dos fuegos.

Este hizo simplemente:

—¡Chist!

El pistolero que estaba sobre el alféizar lanzó un grito y fue a disparar. Clive resultó una décima de segundo más rápido.

La bala alcanzó al otro en el estómago y le hizo encogerse. Lanzando un alarido terrible, ululante, cayó al vacío. Clive no pudo entretenerse en mirarlo.

Comprendió que el segundo enemigo situado en la ventana, iba a disparar también, y esta vez él no podría ser el más rápido.

No tenía más remedio que hacer una cosa… ¡y se dejó caer!

Su mano izquierda se sujetó al alféizar mientras el otro disparaba. La bala pasó justo por el lugar donde antes había estado su cuerpo. En posición insostenible, sujetándose solo con los dedos de su mano izquierda, Clive disparó con la derecha hacia un enemigo que le ofrecía un blanco perfecto a menos de cinco yardas.

El otro intentó ocultarse dentro de la habitación al ver que su disparo había fallado. No llegó a tiempo.

Cuando descansó sobre la alfombra que había en el interior de la pieza, llevaba ya una bala entre las cejas. Clive, siempre colgando de su izquierdo, guardó el revólver en la funda axilar y se sujetó entonces con las dos manos, sintiéndose al instante mucho más seguro. Solo entonces se atrevió a mirar hacia abajo.

La gente se había estacionado al pie del edificio. El tráfico se había detenido por completo.

Clive penetró entonces por la misma ventana que había empleado para salir. Dentro del edificio también se oían gritos y parecía haber un gran tumulto. Clive salió de allí tranquilamente, alisándose las solapas y encendiendo un cigarrillo.

Por si acaso, tomó uno de los ascensores de servicio. Cuando abrió la portezuela en la planta baja, vio que había dos policías aguardándole. Detrás estaba una mujer de unos cincuenta años,

calándose las antiparras.

—¿Han visto? —susurró Clive—. ¡Es horrible!

—¿Qué es horrible? ¿El tipo que ha caído desde el piso décimo?

—No —masculló Clive—, esa honorable señora. Venga, suban arriba y detengan al asesino antes de que ella les pida en matrimonio a uno de los dos.

Y ante los rostros asombrados de los agentes, que no conseguían cerrar la boca, se alejó tan tranquilo.

* * *

Estaba en el depósito de cadáveres.

Detroit, como todas las grandes urbes donde ocurren decenas de accidentes cada día, tiene un depósito de cadáveres grande, aséptico y constantemente frecuentado por «clientes» que van allí muy en contra de su voluntad. Una pequeña legión de hombres silenciosos, enfundados en batas blancas que pronto se manchan de sangre, van de un lado para otro realizando autopsias, dictando resultados, partiendo los hígados y los cerebros en pedazos diminutos para que el microscopio pueda analizar. Su labor, tan fría y científica, es algo que está más allá de este mundo, tiene algo de monstruoso. Pero los que viven en aquel ambiente llegan a no darse cuenta.

Clive se acercó a las mesas que estaban al fondo. Los cadáveres aún no se hallaban cubiertos por ninguna sábana, porque aguardaban su turno para la inmediata autopsia. A Spencer y a Nadine los habían colocado juntos allí, unidos para una extraña eternidad que ninguno de los dos había buscado. Clive los miró.

Imposible encontrar alguna relación entre aquellos dos seres tan distintos. Inútil tratar de averiguar si era Spencer el que había dado a la mujer un pase de libre circulación por la inmensa factoría. Más difícil aún tratar de averiguar el secreto de su muerte.

Las facciones de Clive Murdock volvían a parecer una máscara de piedra. Sus ojos entornados miraban fijamente los dos cuerpos inmóviles tratando de hallar algo que le ayudara, alguna cosa que pudiese conducirle en medio de aquel caos.

Al fin encontró algo, algo que estaba en las manos de los dos cadáveres y que la muerte aún no había podido borrar.

Lentamente fue a las oficinas de la Morgue. Enseñó su placa del F. B. I. a un tipo con aspecto de resucitado que iba de un lado a otro.

—Dos cadáveres ingresados hace poco. Se llamaban Spencer y Nadine. Quiero ver sus objetos personales.

—Un momento.

Entre las cosas de los muertos, esos pequeños objetos que acompañan nuestra vida, no había ninguna identidad excepto en sus dos anillos, cuyas huellas idénticas había observado Clive en sus dedos. Los anillos también eran idénticos, por supuesto. Exactamente iguales.

Eso indicaba que Spencer había regalado un anillo a Nadine. Pero ¿por qué? ¿Por qué aquella relación entre un ingeniero que subía y una presidiaría que, lógicamente, ya no podía hacer más que bajar?

Clive dejó caer los anillos en las bolsas. En su frente se dibujaba una profunda arruga.

Ahora ya le constaba que con aquel crimen diabólico habían intentado aterrorizar a Spencer. Ya sabía, en parte, por qué había ocurrido lo que sucedió. ¿Pero en qué lío estaba metido Spencer? ¿Por qué registraban su apartamiento aquellos dos granujas a los que tuvo que matar? ¿Qué buscaban?

En apariencia, no debía tratarse de un delito. Spencer no era de esos hombres que se ensucian las manos, sino al contrario. Tenía en mucha estima su propia honradez. No necesitaba tampoco dinero, y era poco probable que se hubiese metido en algo sucio por ganar unos dólares.

¿Pero, entonces, qué?

Clive navegaba en un mar de confusiones. No sabía qué pensar. Estaba tan quieto que notó que el hombre que guardaba los objetos le estaba mirando ya recelosamente.

—¿Qué le pasa, amigo?

—Nada… Puede guardar ya esas bolsas. Le estoy muy agradecido.

El otro acentuó su cara de muerto.

—De acuerdo; los guardaré. Y otra vez no moleste para tan poca cosa.

—Oiga, amigo, hay algo que no entiendo.

—¿Qué es?

—Estamos en el fin de semana. Todo el mundo tiene libertad. ¿Cómo es que a usted no le han dejado volver a su ataúd?

Hubo de salir disparado, porque de lo contrario aquel tipo le deja de huésped definitivo en la Morgue.

Luego fue a una oficina de viajes y pidió un billete en el primer avión que saliera para Washington, combinándolo con otro que partiera hasta Miami. Necesitaba hablar con sus jefes y luego volver a viajar. Le dieron un billete Detroit-Washington, otro Washington-Nueva York para aquella misma noche y otro para la tarde siguiente. En Nueva York, en el aeropuerto de Newark, podía empalmar con el avión que llegaba de Montreal y que tenía su terminal en la ciudad de Miami.

Clive no perdió tiempo. Encargó que recogieran y consignaran su coche, y una hora más tarde partía hacia la capital.

CAPÍTULO IV

EN WASHINGTON pidió permiso a sus jefes para iniciar la investigación de aquel caso, aunque no se trataba de un delito federal. Puesto que disfrutaba de vacaciones, podía hacerlo a título puramente privado. En el Departamento de Justicia le contestaron que hiciera lo que quisiese, con tal de que no acarreara complicaciones y se largara pronto de allí. Le dijeron, además, que el simple hecho de su permanencia en la capital era ya un peligro para la seguridad interior de los Estados Unidos.

Después de tan alentadoras palabras, Clive Murdock ya no tuvo duda. Y fue a Nueva York, dejando el avión en el aeropuerto Kennedy y trasladándose enseguida al de Newark.

En la ciudad, perteneciente al vecino Estado de Nueva Jersey, pasó unas horas, tratando de ver claro en todo aquel asunto. Sobre las cinco de la tarde, el avión de la «Eastern Airlines» llegó de Montreal. Desembarcaron unos cuantos hombres con carteras, que parecían tener muchísimas cosas que hacer en Nueva York, y se quedaron a bordo unos cuantos tipos barrigudos que iban a jugar al golf y a pescar lo que saliera en los magníficos cayos de Florida.

El avión remontó el vuelo, y no tardaron en sobrevolar la península. Hoteles situados sobre las rocas, a la orilla del mar, piscinas en forma de elipse o de corazón, con aguas limpísimas, campos de golf verdes como grandes esmeraldas, desfilaron ante sus ojos.

Clive Murdock tenía que recordar a la fuerza el depósito de cadáveres de Detroit. Tenía que pensar una y cien veces en la inexplicable relación que unía a una expresidiaría llamada Nadine y a un brillante ingeniero llamado Spencer.

Desde el propio aeropuerto de Miami, Clive telefoneó para alquilar un coche sin conductor. Le trajeron al poco tiempo un

«Chevrolet» blanco con el que se trasladó a casa de Bigarde.

Bigarde era un tipo medio comerciante medio pirata que tenía un negocio de helicópteros. La cantidad de gente que deseaba ver desde el aire los cayos de Florida, era asombrosa. Tanto que Bigarde no disponía en aquel momento ni de un solo aparato.

—Estoy asustado —gimió—. Mis pilotos no descansan. Hay uno que cargó con seis estudiantes alemanas para visitar los cayos, hace tres días, y aún no ha dado señales de vida. No sé ya a quién avisar. Llamaré a la Interpol.

Clive hizo un rápido cálculo: demasiadas alemanas. Mal asunto.

—Llama a una ambulancia —dijo.

—¿Cree que me lo habrán conquistado? El pobre chico era muy inocente. Tan inocente y tan buen muchacho que logré convencerle para que aceptara aquel servicio, pese a ser su día de fiesta. No hizo más que ver a las alemanas y, ¡plam!, aceptó.

—Lo comprendo. Ya no quedan inocentes en este mundo, Bigarde. A un chico así tiene que cuidarle y mimarle mucho cuando le devuelvan sus restos. Bueno, ¿cómo puedo procurarme un helicóptero sin piloto mañana mismo?,

—¿Tiene licencia para volar?

—Tengo licencia para todo menos para el matrimonio.

—Solo se me ocurre que vaya a buscarlo a la isla de Pinkair, hacia el sur. Es muy pequeña, pero la más bonita. Forma parte del rosario de islotes que van desde aquí hasta Cuba.

—¿La isla de Mikael está a mucha distancia?

—A unas ocho millas, pero esa es de propiedad particular. No podrá ni sobrevolarla.

—No lo intentaré. Era una simple curiosidad. Otra cosa: ¿cómo conseguiré el avión en Pinkair?

—Tengo allí a dos helicópteros que han ido para una excursión de tres días. Tendrán muchas horas libres, mientras la gente se divierte y procura que no falten americanos para el día de mañana. Con una tarjeta mía le dejarán el helicóptero por un máximo de doce horas.

—De acuerdo.

Clive depositó la fianza, recogió la tarjeta y salió de allí. Buscó habitación en un hotel donde hubiera una piscina con bañistas

tostándose al sol. Allí preguntó cuándo salía lancha para Pinkair.

—Dentro de una hora, señor. La última.

Clive decidió no perderla.

En el coche alquilado, se dirigió al embarcadero y encontró la lancha. Era una especie de ballenera blanca que iba atiborrada de turistas ansiosos de hacer el viaje a la luz de la luna. Algunas mujeres con maridos viejos y secretarios jóvenes esperaban, evidentemente, que aquellos se durmieran por el camino.

Clive no habló con nadie.

Sabía que su calibre 38 era ahora el único amigo que tenía.

CAPÍTULO V

EL islote de Pinkair estaba exclusivamente organizado para el turismo. Había bungalows entre las rocas, que se alquilaban a amantes solitarios y apacibles. Había barracones colectivos que se destinaban a clubs de pescadores. Se organizaban allí barbacoas gigantes, y a veces todo el islote despedía un intenso olor a carne asada. Las barcas que salían y entraban de sus numerosas ensenadas naturales, formaban una auténtica legión, incluso en lo más duro del invierno, que en aquellas latitudes siempre mantenía una temperatura media de veintidós grados.

Clive no tuvo dificultad en encontrar al piloto de que le había hablado Bigarde. Estaba con una de las pasajeras del helicóptero, y casi consideró un alivio el que Clive la salvase de entre sus garras.

—¿Dice que quiere alquilar uno de mis helicópteros? —preguntó después de enterarse de lo que Clive deseaba—. Me temo que no será posible.

—¿Por qué?

—Uno de ellos tiene un pequeño fallo en el sistema de carburación. Nada importante, pero antes de volar con él o darlo a alguien, necesito repasarlo.

—¿Y el otro?

—Me lo tienen alquilado justamente para mañana. Un solo viaje.

Los dos hablaban ante un pequeño bungalow medio oculto entre las rocas que caían sobre la playa. El estruendo monótono del mar era lo único que llegaba a sus oídos. El piloto extrajo un paquete de cigarrillos y ofreció uno a Clive.

—¿Adónde quieren ir con él?

—A Mikael.

—¿Cómo ha dicho?…

—No sé por qué le extraña tanto. Hay gente ahí. Gente que vive todo el año en la isla.

—¿Y quién se lo ha alquilado?

El piloto miró detrás de la espalda de Clive Murdock. Exhaló una bocanada de humo mientras hacia una seña con el mentón.

—Una mujer. Y mire, justamente ahí viene.

Clive volvió la cabeza.

En efecto, se acercaba una mujer. Era una hembra impresionante, llena de curvas, tan perfecta como para hacer lanzar alaridos a una estatua. Pero resultaba curioso su peinado. Era el único detalle extraño en ella. Un peinado que cubría totalmente una de sus mejillas, como si tuviera interés en que nadie la viese.

CAPÍTULO VI

LA mujer se acercó lentamente. Llevaba dos tiras de tela blanca que se cruzaban sobre sus senos y los cubrían, y sobre el busto nada más. Su estómago y parte del vientre quedaban al descubierto. Unos pantalones también blancos, inverosímilmente ajustados, le cubrían hasta media pantorrilla. Unos zapatos de alto tacón y una sola tira calzaban, o mejor dicho descalzaban, sus pies.

Llegó hasta donde estaba el piloto, ignorando deliberadamente a Clive, y preguntó:

—¿Podré salir mañana en el helicóptero?

—Desde luego. Por cierto, el caballero también tiene interés por ir a Mikael.

Señaló a Clive. Este contemplaba a la mujer con una mirada lenta, insistente, densa, deteniéndose en cada relieve y en cada curva de su maravilloso cuerpo.

—¿Usted? —susurró ella—. ¿Por qué?

—Quisiera hacer un reportaje sobre esa especie de tortuga marina. Supongo que su dueño no tendrá inconveniente.

—¿Es periodista?

—Ujú. Del «Chicago Tribune».

—¿Por qué no telefonea antes a Moisés Humbold? Supongo que sabrá que Moisés Humbold es el propietario de la isla de Mikael. Propietario con todas sus instalaciones.

—Por supuesto, lo sabía.

—Entonces telefonéele. Si él está conforme en que realice el reportaje, podremos hacer el viaje juntos.

—¿Hay teléfono?

—Desde luego. Una línea directa desde Miami y otra línea desde aquí.

—La idea me parece excelente. Yo siempre empleo la táctica de presentarme en los sitios sin avisar, porque así no tienen más remedio que recibirme, pero comprendo que en este caso es diferente.

—Muy distinto. Venga, yo le acompañaré.

El piloto se acarició el lóbulo de una oreja.

—Si van juntos me chafa el plan, amigo.

—¿Por qué?

—Yo pensaba fingir una avería y aterrizar con ella en un islote desierto. Pero si somos dos me hunde.

—Ir con dos es mejor que sola con uno —dijo ella abruptamente.

Y tiró de Clive para llevárselo de allí. Por primera vez en su vida, el federal tenía la sensación de estar en manos de una mujer, en lugar de estar la mujer en sus manos.

Caminaron por una ensenarla que llevaba a una casa de piedra, aislada en lo alto de un montículo.

—¿Eres amiga de Moisés Humbold? —preguntó Clive.

—Muy amiga.

—¿A qué se dedica?

—¿Vas a hacerme el reportaje a mí o a él?

—Solo quiero saber de qué vive.

—Es rico.

—Buen oficio…

—El mejor del mundo.

Ella no parecía tener deseos de conversación. Se mostraba fría, distante, indiferente. Solo tuvo un ligerísimo estremecimiento cuando Clive le pasó la mano por la cintura.

—¿Eres una de las amigas de Moisés? ¿Tiene varias?

—¿A ti qué te importa?

—Me interesan muchas cosas de ti. Por ejemplo, tu nombre.

—Betty Taylor.

—Eres una mujer como para caerse muerto…

—¿Y por qué no te mueres de una vez?

Clive gimió:

—Aaayyy…

Fingió que caía al suelo, muerto, y naturalmente arrastró a Betty Taylor en su caída. La muchacha se revolvió antes de que él la besara en los labios. No se oía, en el silencio de la noche, más que el rumor de las olas y el susurro del viento entre las rocas. Pero ambos sonidos eran como una lenta, como una enervante caricia.

Fue entonces cuando a Clive se le ocurrió susurrar:

—¿Por qué no te retiras un poco el pelo? Solo se te ve una mejilla…

Fue a acariciarla, y en ese momento, no supo cómo, se sintió despedido por los aires.

Betty Taylor conocía, por lo visto, muchas llaves de judo, y había empleado una de ellas a la perfección. Clive dio una vuelta de campana sobre la hierba y quedó sentado, mientras sus labios se distendían en una sonrisa.

—¡Bravo! Yo no lo hubiera hecho mejor.

—¿Es que tú entiendes algo de lucha?

—Apenas nada…

Cuando ella se acercaba un poco, Clive le hizo una rapidísima llave con ambas piernas y la obligó a caer en sus brazos. Ella gimió.

Unos pasos lentos y pesados se acercaron a ellos. Vieron a un hombre alto y desgarbado que llevaba una pila de papeles bajo el brazo.

—No se besen aquí, amigo —indicó.

Y les tendió dos hojitas de las que llevaba bajo el brazo.

—Diablos —gruñó Clive—, el mundo está programando demasiado…

—Todo en la isla está organizado para el amor —dijo ella—. ¿O qué creías? El amor es el mejor negocio que existe. Anda, vamos a telefonear. Será más conveniente para los dos.

Se pusieron en pie y dejaron al individuo larguirucho con la palabra en la boca. La casa a la cual se acercaban era sólida y de excelente construcción, según constató Clive. Quizá la mejor de la isla. Ella empujó la puerta e hizo pasar delante al federal. Este se encontró en una sala amplia y acogedora, amueblada con muebles de enea, y en la cual había dos individuos que parecían estarle esperando. Los dos tenían caras sonrientes y simpáticas. El único detalle que no acabó de gustar a Clive fue el que cada uno de ellos

llevase un revólver en la mano derecha.

—Me parece que será mejor no pasar —dijo suavemente, sin trasponer el umbral.

Algo penetrante y afilado se clavó en sus riñones. Clive notó inmediatamente que era un estilete.

—Te conviene entrar —susurró, a su espalda, la voz de la mujer.

—¿Dónde llevabas escondido eso?

—Es un estilete muy fino. Lo llevaba oculto en la parte posterior del pantalón.

Clive alzó los brazos levemente y pasó. No le quedaba otro remedio. La puerta se cerró a su espalda.

Los dos hombres se pusieron en pie, sin dejar de apuntarle un solo momento.

—La señorita Taylor nos ha dicho que usted tenía mucho interés en ir a la isla de Mikael.

—¿La señorita Taylor se lo ha dicho? ¿Cómo es posible? ¡Si lo ha sabido hace apenas unos minutos y no se ha separado de mí!

Ella dejó de amenazarle con el estilete y se puso a un lado, de modo que pudiese verla. El pequeño reloj que llevaba en su muñeca fue mostrado claramente a los ojos de Clive. El disco que normalmente hubiera servido para dar cuerda, se oprimía como una tecla. A cada presión correspondía un zumbido más o menos largo en un aparato que había dentro de la casa. Los signos del Morse resultaron claramente inteligibles para Clive.

Ella murmuró:

—¿Qué creías que estaba haciendo mientras tú me besabas y me acariciabas, imbécil?

Clive hizo un gesto de desolación.

—El mundo está perdido. No se puede ir de buena fe. Yo solo quería conocerte bien para llegar a casarme contigo, solo quería hacer ese sacrificio por ti, y resulta que mientras tanto tú me engañabas con un reloj…

Uno de los hombres se acercó un par de pasos.

—Basta de charla. Eso no es un reloj, sino un emisor portátil, y usted lo sabe mejor que yo. Diga quién es. Y diga para qué infiernos quiere ir a Mikael.

—¿Está prohibido?

—Nadie desea visitas allí.

—Muy bien; en ese caso no iré. Ustedes se lo pierden.

Y fue a dirigirse a la puerta, pero un revólver se le clavó en los riñones.

—Menos bromas, amigo. Va a quedarse aquí. Y va a escupir hasta la última palabra de lo que sepa. Va a decir por qué ha venido. Va a contarlo todo.

Había conseguido lo que quería. El tener un revólver pegado a los riñones era lo que buscaba. Un enemigo así resultaba mucho más vulnerable que el que se mantiene a cierta distancia.

Dio una rapidísima media vuelta, más veloz que un parpadeo, mientras su codo derecho bajaba. Con el antebrazo golpeó la mano que empuñaba el revólver. Este llegó a disparar, pero la bala fue a empotrarse en el suelo.

Sin embargo, Clive no había realizado más que el primer movimiento. Ahora venía lo más difícil.

Otro giro velocísimo le hizo situarse detrás de su amigo, mientras el otro disparaba.

La bala fue a empotrarse en el cuerpo del pistolero que servía de parapeto a Clive. Se oyó un gemido. Inmediatamente aquel hombre voló por los aires, impulsado por los brazos hercúleos del federal, y cayó sobre su compañero, que disparaba nerviosamente otra vez.

Los dos, el muerto y el vivo, rodaron por el suelo. Antes de que el vivo se recuperara, Clive ya lo había atenazado por la espalda, haciéndole una terrible presa que por poco le rompe la columna vertebral. El otro tuvo que soltar su revólver.

Clive musitó:

—Bravo. Eso está bien… Me gusta la gente que colabora.

—Morirás… de todos modos.

Betty Taylor fue a recoger el revólver caído a tierra, pero Clive lo alejó de un puntapié. Luego soltó a su enemigo, le propinó un golpe de canto en la nuca con la mano derecha y lo dejó *groggy*. Miró a continuación a la muchacha.

Ya no tenía más enemigo que ella.

—¿Qué tienes tú que ver con todos ésos? —susurró—. ¿Son hombres de Moisés Humbold?

—No lo sé. Y no esperes que diga nada.

—Tampoco lo necesito. Mañana el viaje en helicóptero lo vamos a hacer tú y yo.

—En ese caso tú mismo te meterás en la ratonera

—Lo sé. Mujer, podías colaborar un poco —sonrió Clive—. Después de los sustos que me has dado, es lo menos que puedes hacer.

—¿Colaborar?

—Bueno, algo parecido.

—Dentro de un momento no vas a desearlo.

—¿Por qué?

Ella hizo un solo y nuevo gesto. Se retiró simplemente la mata de pelo que cubría una de sus mejillas.

Clive parpadeó. No tuvo otro remedio. Todo él sufrió como una sacudida.

La mejilla oculta estaba materialmente devorada por el fuego. Era una cosa retorcida, sinuosa, horrible. Casi toda una oreja había desaparecido también, deformada por una cicatriz.

Ella dejó caer luego la mata de pelo. El cabello, muy sujeto con laca, subía y bajaba como un telón.

—¿Aún sigues queriendo que colabore? —susurró.

—Yo también estoy lleno de secretos terribles y ocultos. Tengo un lunar en la rodilla izquierda.

Ella musitó:

—Me parece que empiezo a conocerte. Eres de esos tipos que no tienen remedio…

—Y tú eres de esas mujeres que lo que necesitan es un remedio. Pero antes quítate el reloj y deja en la mesa el estilete. No quiero que con la emisora de radio empieces a explicar a todo el mundo lo que pasa.

Ella se desprendió de ambas cosas. Luego se acercó lenta, sinuosamente, mirándole con obsesionante fijeza. Clive la tomó en los brazos y la besó.

—Prohibido despeinarme… —susurró Betty.

Su cerebro seguía trabajando a la presión de un volcán.

Quería enterarse de todo lo que aquella mujer supiese. Quería averiguarlo ganándose su confianza.

Pero empezó a dudar del éxito. Quizá ella pretendiese lo mismo.

Terminó por encogerse de hombros.

Después de todo, ¿qué importaba?

Pero por primera vez en mucho tiempo Clive Murdock besó a una mujer pensando solamente que aquello formaba parte de su trabajo.

CAPÍTULO VII

LAS aspas del helicóptero giraban con un runruneo suave y monótono, de máquina que funciona a la perfección. El aparato se deslizaba velozmente a poca altura, sobre las aguas, en las cuales pululaban multitud de embarcaciones de pesca.

Un cielo maravillosamente azul descansaba sobre un mar color turquesa. La sensación de plenitud, de felicidad, de vida, era maravillosa.

Clive tenía los ojos entrecerrados.

Pensaba en los miles y miles de hombres y mujeres muriendo un poco cada día detrás de las ventanillas de cristales esmerilados, pegados a mesas que odiaban con toda su alma, prisioneros de dictáfonos, de órdenes lejanas que llegaban impresas en pedazos de papel, esclavos de cifras de producción, de balances, de números que solo servían para que otras personas disfrutasen de todo aquello.

Del mar. Del sol. De la vida.

—Cierta vez pagué unas vacaciones aquí a un muchacho de quince años —susurró Clive.

—¿Por qué?

—Trabajaba en una imprenta de Kansas. Nunca había visto el mar. Era un negro. No le daban vacaciones. Recuerdo que cuando llegó a los cayos de Florida se le humedecieron los ojos.

Añadió roncamente:

—Es la única cosa buena que he hecho en mi cochina vida.

Desvió la mirada. Vio que las lanchas, cosa extraña, desaparecían de repente. Ya no había pescadores bajo ellos. El mar había adquirido un color más claro y limpio, un color distinto.

Se dio cuenta de lo que aquello significaba.

—Bancos de coral —susurró.

—Sí. Por eso los pescadores no se arriesgan más allá. Hay pasos entre la barrera de coral, pero los conocen solo los expertos. Nadie que no lo sea se arriesgaría por ellos.

—O sea que la isla de Mikael tiene una especie de defensa natural contra los curiosos que vengan por mar, ¿no es así?

—En efecto.

—¿Humbold te esperaba?

—Sí.

—¿Y por qué no envió una barca a buscarte?

—Quería que llegase sin llamar la atención. También tiene dos helicópteros. Pero están estropeados.

—Es extraño.

—Y tan raro. Está seguro de que alguien lo ha techo.

—¿O sea que tiene enemigos en su propia isla?

—Puede.

Clive distrajo un momento su atención de los mandos.

—¿Tú qué pintas en todo esto, Betty? ¿Para qué te quiere un tipo como Moisés Humbold?

—No te daré ninguna explicación. Sé poco de la isla, y lo que sé es mejor que me lo calle.

—De acuerdo. Entonces todo eso lo averiguaré yo.

—Vas a meterte en la boca del lobo. No saldrás vivo de Mikael.

—¿Por qué? —preguntó Clive ingenuamente—. ¿No es Humbold un hombre honrado?

Ella desvió la mirada sin responder.

—Mira, ahí está la isla.

Mikael, en efecto, aparecía bajo ellos, envuelta en su mar de coral. Era una isla que hubiera despertado la envidia de cualquier millonario. No parecía muy extensa, pero tenía varias playas naturales y una inmensa cantidad de árboles, la mayor parte de ellos cocoteros. Un gran edificio se divisaba junto a la mayor de aquellas playas, junto a un embarcadero de troncos. Amarrados a él, había dos yates y una lancha rápida.

—¿Esa es la flota de Humbold?

—Sí.

—¿Qué debe pensar él ahora? Que vienes con el piloto normal del helicóptero, ¿no?

—Sí. Supongo que creerá eso. No imaginará que eres tú el que me acompaña…

—¿No tenían que informarle los hombres que estaban en aquella casa?

—Solo tenían que hacerlo si ocurría algo anormal… pero no pudieron.

Clive sonrió.

—Supongo que el que está atado podrá resistir un par de días —dijo—. No se morirá de hambre.

—Desde luego que no. Solo estará allí un par de horas más. A ti te capturarán y te obligarán a hablar. Entonces Humbold enviará a algunos hombres para liberarle.

—Todo es posible…

Sobrevolaban ya el edificio. Había varios centinelas en él, todos los cuales miraban con curiosidad el helicóptero. Desde arriba parecían mirones inofensivos, pero Clive sabía que no lo eran.

—¿Dónde puede aterrizar?

—Delante del edificio.

Clive hizo que el aparato perdiese altura.

—Ahora hay cosas que ya no necesito que me digas —susurró ella tensamente, quieta a su lado—. Por ejemplo, no es necesario que me digas que no eres periodista.

—No, no lo soy.

—¿En qué trabajas?

—Soy un federal.

—Peor para ti. Pero aún tendrías tiempo de huir. Aún podrías dar media vuelta.

—Quiero llegar hasta el fondo del pozo.

—Llegarás muerto.

—Es una forma como otra cualquiera de llegar a los sitios.

—Si puedo te mataré, Clive.

—Claro… Si puedes hacerlo tú, ¿por qué encargar de eso a otro?

Sus facciones no se habían alterado lo más mínimo. Sus ojos miraban impasibles el terreno sobre el que iba a aterrizar.

Varios hombres formaban ya una especie de círculo sobre la zona.

No llevaban armas visibles, pero Clive había visto muchos tipos como aquellos en los *gangs*. Los había visto pudrirse en las cárceles, y a veces, ir a la silla eléctrica.

Hizo un aterrizaje perfecto.

Un hombre de media edad, grueso y con cabellos plateados, se acercó saliendo de la casa, antes de que descendiera ninguno de los dos. Vestía pantalones blancos y una camisa del mismo color, todo ello inmaculado. Sobre su cabeza descansaba un sombrero de paja trenzada, y en su derecha reposaba un vaso alto con una bebida oscura y que se adivinaba fresca. Parecía un anuncio. «Viva feliz bebiendo…», en fin, lo que aquel tipo bebiese. Por su aspecto, Clive adivinó que se trataba del propio Moisés Humbold.

Este se acercó al helicóptero. Sonrió mientras abría la portezuela.

Y de pronto la sonrisa se borró de su rostro.

Clive le estaba apuntando con su calibre 38. En sus ojos latía algo especial, algo distinto. Una chispita asesina parecía brillar en ellos

—Usted es Humbold, supongo.

Clive hablaba con la tranquilidad del que va a hacer una visita de cortesía.

—¿Y usted? ¿Quién es?

—Me llama Clive Murdock.

—Mis hombres me han hablado de usted. Hizo una verdadera escabechina en Detroit. Pero nunca creí que se atreviera a llegar tan lejos.

—Pues ya ve. Me pareció aquello tan bonito que estoy dispuesto a repetir.

Humbold sonrió.

—¿Por qué me amenaza? Es una chiquillada. Todos los hombres que ve ahí están armados.

—De poco le servirá si yo le clavo una bala entre las cejas.

—No lo hará. Sabe de sobras que no puede hacerlo. Lo que le interesa es información, y no la tendrá si yo no vivo.

Clive dijo suavemente:

—Suba al helicóptero.

Moisés Humbold palideció. Precisamente por lo sencillo y lo

suicida que era el plan de Clive, resultaba terriblemente práctico. Él podía ser raptado allí, delante de las narices de sus hombres. Lo que le había parecido increíble, tomó de pronto un aspecto de sombría realidad. Unas gotitas de sudor frío aparecieron en sus sienes.

—No lo piense tanto y suba —susurró Clive—. No es usted mi tipo, pero le invito a dar una vuelta.

Humbold miró a sus hombres. Se dio cuenta de que ninguno de ellos se atrevía a intervenir. Era demasiado lo que se jugaba con un gesto precipitado, con un disparo a destiempo.

Pero había algo con lo que Clive no contaba.

Él había dado por descontado que Betty Taylor no le ayudara, pero al menos contaba con su neutralidad.

Y se dio cuenta de que había calculado mal cuando vio brillar repentinamente los ojos de Humbold.

Trató de volverse.

Betty no le dejó tiempo. Una barra de metal que formaba parte del equipo de herramientas del helicóptero, se abatió sobre la nuca de Clive antes de que este lograra volverse. Lanzó un gruñido y cayó pesadamente hacia adelante, mientras soltaba su revólver.

Moisés Humbold hizo una seña a sus hombres. Todos corrieron hacia el aparato. Betty Taylor respiraba agitadamente.

—Has estado magnífica —dijo Humbold.

—Él me obligó a venir aquí.

—¿Qué ha sido de Ringo y de Mac Millan?

—Mac Millan muerto. Ringo está atado y amordazado. No podrá moverse hasta que lo liberemos.

—¿Lo hizo él solito?

—Sí.

—No creí que resultara tan peligroso.

—Es uno de esos tipos a los que no les importa morir… ni matar. Hay que tener mucho cuidado con él.

Humbold rio.

—No volverá a molestarnos. Para los hombres de esa clase tengo una buena medicina.

Entre tres hombres habían sacado ya del aparate al inanimado Clive. Moisés hizo una seña y lo condujeron al interior de la casa.

Una atmósfera fresca y tranquila se respiraba. La luz era limpia, matizada, serena. Los muebles brillaban de puro cuidado. Todo era moderno y funcional, pero no exento de lujo y buen gusto. El aire refrigerado hacía que uno se creyese trasladado a otro planeta, fuera del intenso bochorno exterior. Sobre los inmensos suelos encerados los hombres se movían como autómatas.

Una puerta metálica, accionada por rayos, se abrió antes de que los esbirros llegaran a ella con su carga. Cuando Clive recobró el conocimiento se encontró tendido sobre una mesa dura, sin ninguna clase de ligaduras que le sujetasen a ella. Estaba en una habitación espaciosa, tranquila y limpia. Tres hombres aparecían sentados cerca de él, en cómodos butacones de cuero negro.

Clive intentó enderezarse, puesto que ninguna clase de ligaduras le sujetaba a la mesa.

Y no pudo.

Era inexplicable, pero no podía moverse. Parecía como si estuviera sujeto al metal. Como si formara parte del mismo.

Moisés Humbold lanzó una risita seca y nerviosa.

—No lo intente. No podrá.

—Pues… no lo entiendo.

—Sin embargo, es sencillo. ¿Quizá piensa que solo usted conoce trucos para inmovilizar a un hombre? Le hemos sujetado una placa de hierro a la espalda, y la mesa es un inmenso imán. No podrá escapar de ningún modo. No logrará levantarse.

Clive tragó saliva. Se daba cuenta que estaba en la trampa. De que, en efecto, se había metido en la ratonera él mismo.

Humbold, con voz lenta, continuó:

—Voy a presentarle a dos de mis íntimos colaboradores, los cuales viven habitualmente en Nueva York. Se trata de Kid Janiro y de Butler. Ambos son mis hombres de confianza. Y están aquí a causa de usted precisamente, señor Murdock.

—¡Cuánto honor!

—Usted liquidó a unos cuantos de mis agentes en Detroit. Eran excelentes colaboradores.

—Gentuza. Alquila usted matones demasiado baratos, Humbold.

—Sin duda usted vio a alguien que lanzaba una bomba en la fábrica de automóviles.

—Sí. Y tengo ganas de saber quién es para retorcerle el pescuezo.

—Pues voy a tener el honor de presentárselo. Se trata del señor Butler.

Uno de los presentes ladeó ligeramente la cabeza sonriendo con una mueca irónica.

—Es un honor, señor Murdock.

—Más vale que se ponga a rezar, amigo —susurró Clive con voz tensa—. Lo liquidaré.

—No sé cómo…

—Mejor que no lo sepa. Así, además de arrancarle la piel, le daré una sorpresa.

Butler estuvo a punto de levantarse, mientras sus facciones se contraían en una mueca de odio, pero Moisés le detuvo con un gesto.

—¿Por qué irritarse? Es como si te amenazara muerto. Para la vida que le queda a este tipo, no vale la pena molestarse en oírle siquiera. Pero antes deseo que conozca a mi otro colaborador. El señor Kid Janiro dirige todo lo de la zona este.

—Yo solo quiero saber por qué mataron a Spencer. Eso es lo único que me interesa ahora.

—É quería proteger a una mujer. Se había enamorado de ella. Era uno de esos imbéciles que podrían vivir bien y se buscan complicaciones inútiles.

—¿La mujer de la que se enamoró se llamaba Nadine? ¿Fue la misma que apareció muerta en el coche?

—Sí. Quisimos darle una lección que no olvidara nunca. Él trataba de luchar contra nosotros. Quisimos demostrarle hasta qué punto nuestra organización era potente.

—¿Qué pretendían hacer con Nadine?

Humbold rio silenciosamente.

—Vamos, vamos, no diga que no lo sospecha.

—¿Trata de blancas? ¿Era ella una de esas mujeres jóvenes y bonitas de las que no se vuelve a saber nada?

—Veo que va comprendiendo.

Clive suspiró con desaliento.

En aquella maraña infernal veía ya claro. Empezaba a

comprender la utilidad de la isla y de los supuestos yates de recreo que llevarían la «mercancía» adonde conviniese. Y comenzaba a darse cuenta también que él estaba condenado a muerte.

Bueno, ¿y qué? Tenía deseos de escupir y de reír al mismo tiempo. Sintió tentaciones de decirle a Humbold que no se molestase tanto. Él era un hombre solo, no tenía detrás a las autoridades federales. Clive había perdido la partida y no le importaba pagar; lo único que quería era terminar pronto.

Pero Humbold proseguía:

—Eliminó usted a mis mejores hombres en el continente, amigo Murdock. Tantos que ahora, prácticamente, no tengo más que los que ha visto aquí, y ello me obligará a rehacer mi red. ¿Pero por qué me adelanto a los acontecimientos? Voy a explicarle antes a qué me dedico. La curiosidad que usted debe sentir, me parece muy razonable.

—Más vale que cierre su cochina boca. Ya he oído bastantes salvajadas por hoy.

—Pues va a oír las últimas, mal que le pese. Quiero que antes de morir sepa, pequeño sapo viscoso, contra quién ha querido luchar. Que se entere que mi almacén de drogas es uno de los más importantes de América y que está precisamente aquí. Quiero que sepa también que controlo la prostitución en muchas ciudades de la costa Atlántica y la región de los Grandes Lagos. Pero mi verdadero negocio no es ese; obtengo beneficios mucho mayores con las mujeres que llego a vender.

A Clive aquello le pareció increíble, pero debía empezar a atenerse a las realidades. Sabía que desgraciadamente era cierto.

—Mujeres hermosas que desaparecen… Esa es la palabra exacta. Muchas de ellas empiezan colaborando porque no saben lo que les espera. Creen que es una aventura más o menos interesante. Habiendo llevado antes una vida honrada, vienen, sin embargo, aquí. Otras, sencillamente, son raptadas cuando se encuentran lejos de sus domicilios. ¡Por suerte las jovencitas americanas tienen tanta afición a viajar! Esas son las más cotizadas, las que más beneficios rinden.

Clive no decía una palabra.

Tenía la mirada fija en el techo, y sus músculos tensos estaban a punto de estallar a causa del esfuerzo que hacía para liberarse. Pero

era inútil; no podía moverse.

Humbold continuó:

—Las islas contiguas, tan frecuentadas por los turistas, nos permiten acercar a las muchachas a nuestra base de operaciones sin llamar la atención. Son muchas las menores que vienen a pasar un fin de semana aquí con alguien del otro sexo sin permiso de sus padres, y la policía ya no se molesta en husmear. Desde las otras islas es muy fácil traerlas hasta este lugar. La vida moderna nos rinde grandes beneficios, amigo mío.

—Y luego, ¿dónde las llevan?

—Si alguna me agrada personalmente se queda aquí —río Humbold—. La época de los grandes señores no ha pasado. Yo soy todavía un gran señor. Pero son pocas las que me gustan. Yo me he convertido en una persona muy exigente… Las otras van en un fingido viaje de placer, en los yates. Esas embarcaciones recalan en determinados puertos de Sudamérica donde la policía no pregunta apenas nada. Y en algunos puertos del Caribe… Esto, ahora, en un semillero. Se acabaron los imperios y se terminaron los controles. La época de los piratas no volverá, pero existe la época de los grandes mercaderes.

Hizo con la derecha un gesto voluble, lleno de elegancia.

—Algunas van más lejos —siguió explicando—. Algunos de esos cruceros «de placer» terminan en la costa occidental de África, donde vuelve a haber grandes caídes y jefes independientes, casi todos árabes, lo que hace que nuestro comercio tenga una libertad total. Oficialmente las mujeres pertenecen a los harenes, y desde el momento en que ponen pie en tierra la policía ya no puede intervenir. Algunas terminan con los grandes jeques del petróleo en la Arabia Saudí. Todas ellas, especialmente las rubias y de raza anglosajona muy pura, alcanzan elevadísimas cotizaciones. Ello me ha permitido no solo comprar esta isla y organizar en ella mi imperio, sino amasar además una de las fortunas más importantes de los Estados Unidos. Puede comprender, amigo Murdock, con qué violencia reaccionaré cuando alguien quiera meter la nariz en mis negocios. Las ganas que tendré de eliminar obstáculos cuando en el horizonte aparecen moscardones como Spencer… o usted.

Clive había dejado ya de hacer esfuerzos.

Estaba completamente rendido, sabiendo además que no podría

evitar la muerte que le aguardaba.

Se dio cuenta de que Butler no había enseñado aún la mano izquierda. ¿Pero eso qué importancia tenía? La voz de Moisés Humbold resonó otra vez en la sala. Era lenta y suave. Parecía llegar de muy lejos.

—Una de las mujeres que ya estaban en nuestro poder fue salvada por Spencer —explicó aquella voz—. Lo que ocurrió lo sabe usted tan bien como nosotros, amigo Murdock. Y ahora deben quedarle muy pocas dudas sobre lo que le va a ocurrir personalmente a usted.

—Lo único que despierta mi curiosidad es saber qué clase de muerte van a aplicarme —gruñó—. Supongo que se habrán devanado los sesos buscando algo que valga la pena.

—Por supuesto, amigo mío, seguro. Pero lo que nos interesa, además, es que su cadáver no sea hallado.

—Hay otra cosa que quiero preguntar aún, antes de morir.

—¿Qué es?

—Betty Taylor no es una chica agraciada. Tiene parte de la cara deshecha, a pesar de que con el tipo compensa. Pero supongo que a esa no pueden venderla.

—Oh, no… Esa forma parte de nuestro grupo. Es especialista en raptos. Trabajó antes para nosotros, durante un breve tiempo, y al salir de la cárcel la hemos recuperado. Ella es distinta.

Moisés Humbold se puso en pie.

Su voluminosa humanidad avanzó unos pasos para situarse enfrente de Clive. Lo miró con sonrisa conmiserativa, como si examinase a un insecto al que tuviera que aplastar.

Luego susurró:

—Ven, Butler.

Butler se acercó, y entonces comprendió Clive por qué no había mostrado hasta entonces la mano izquierda.

Se quitó el guante, o más bien la funda que la cabría.

Su mano izquierda no existía, y en su lugar aparecían dos garfios de hierro parecidos a las pinzas de un cangrejo, pero mucho más afilados y de un tamaño semejante al de una mano humana. Aquellos garfios se abrían y cerraban elásticamente, con un «saaag… saaag» metálico que helaba la sangre.

—Podrías seccionarle la yugular —susurró Humbold.

—Sería muy fácil. Y demasiado rápido.

—Entonces haz otra cosa. Podrías cortarle un pedazo de mejilla para empezar, por ejemplo. Sería más divertido.

Clive miraba aquellas pinzas fijamente, sin un parpadeo.

—Son curiosos esos garfios —susurró—. ¿Cómo funcionan?

—Con pilas. Llevo una batería adosada al traje.

—¿Y la mano? ¿Te la comiste?

—Se la tragó un tiburón.

Clive desvió la mirada por primera vez. Imaginaba la escena, al tener aquellos garfios tan cerca. Apretó los labios y esperó el primer zarpazo; aguardó sencillamente la muerte.

Pero la palabra «tiburón» parecía haber dado una idea a Humbold. Este reía con suavidad, moviendo su tripa prominente.

—Eso soluciona muchas cosas. Butler —dijo—. No olvides que hemos de hacer desaparecer el cadáver.

—¿Qué es lo que piensas?

—Arrojarle al agua… con mesa y todo.

Butler lanzó una carcajada, una carcajada ronca. La idea le pareció divertida desde el primer momento.

—¿Hay alguna posibilidad de que se suelte?

—Absolutamente ninguna. Además, ya se habrá ahogado cuando llegue abajo.

—Pero la mesa es muy valiosa…

—Unos submarinistas la recuperarán dentro de tres o cuatro días. Cuando los tiburones no hayan dejado ni los huesos.

Clive gruñó:

—¿No tenéis otro medio más rápido para acabar con un hombre? ¿No os enseñaban nada mejor vuestras madres antes de ir a sacar dinero a los amigos de vuestros padres?

Los garfios cayeron de repente sobre el pecho de Clive, con un chasquido casi humano. Con una especie de golpe de rabia.

Clive ahogó un grito de dolor. Las pinzas se habían clavado en su carne. Abrieron un tajo en ella. La sangre brotó, empapando su camisa.

—Así los tiburones llegarán antes —gritó Butler—. Y este hijo de perra cerrará la boca.

El joven, en efecto, la había cerrado. Apretaba desesperadamente los labios para no gritar. Sentía como si la herida le hubiera atravesado todo el cuerpo.

Humbold hizo sonar un timbre. Cuatro hombreo fuertes como bisontes aparecieron en la entrada.

—Levantad la mesa. Hay que arrojarla al agua con ese tipo en ella.

—¿En qué parte, señor?

—En la ensenada sur. Es la más profunda.

Los cuatro hombres levantaron con gran esfuerzo la mesa de hierro. Cuatro más se les unieron en el exterior del edificio, y entonces pudieron llevar a hombros el extraño y monstruoso mueble. Clive tenía la sensación de que llevaban en volandas su propio ataúd. De que estaba dando ya su último paseo.

Y así era.

La luz del sol, el rumor suave del viento… Todo aquello era como si no existiese ya. Cerró los ojos para no darse cuenta de nada. El rumor de las olas se hizo ensordecedor al llegar a la ensenada.

Allí cerca debía haber los rompientes de una gran barrera de coral. Pero los tiburones la atravesarían fácilmente.

Los ocho hombres llegaron al borde de las rocas.

Uno de ellos gritó:

—¡Ahora!

La fatídica mesa produjo un gorgoteo siniestro al ser engullida por el agua.

CAPÍTULO VIII

CLIVE MURDOCK se sintió descender vertiginosamente en medio de un abismo color azul celeste. La luz del sol era tan intensa y atravesaba el agua de tal modo que veía con perfecta claridad a su alrededor. El tono intensamente luminoso de los bancos de coral, hacía que aquella luz también resultara más hermosa y más intensa.

Era como una magnífica película en tecnicolor, de esas que distraen a la gente en el cine… con la única e importante diferencia de que él la veía siendo el protagonista. Un protagonista que iba a morir.

Había respirado con fuerza al ser lanzado al agua. En sus pulmones aún quedaba una reserva de aire.

Por eso pudo darse cuenta de su descenso y verlo todo hasta que las patas de la mesa chocaron con un fondo coralino y duro que la inmovilizó por completo.

Ya estaba en su tumba. Ya había llegado al fin.

En torno suyo se iba formando una película roja, y se dio cuenta de que estaba hecha por su propia sangre.

Quiso cerrar los ojos, para no enterarse de nada. Su instinto le aconsejaba morir sin el sufrimiento de ver acercarse la muerte. Pero decidió mirarla cara a cara.

Porque la muerte llegaba ya.

Porque una figura larga y blanca, gigantesca, se acercaba entre los bancos de coral a la llamada de la sangre.

Era un tiburón blanco, uno de los más grandes que existen. Quizá no tan fiero como el tiburón listado, el tiburón-tigre, pero igualmente voraz y de instintos implacables.

Clive ya no podía más. Los pulmones le quemaban. Recordó que una vez ya había escapado del ataque de los tiburones haciendo

que uno de estos rompiese la red en que él estaba enredado, pero ahora era distinto. Ahora no podía moverse. Para colmo del sarcasmo, el tiburón tenía su banquete incluso puesto encima de una mesa.

Vio sus fauces abiertas, notó a menos de dos yardas sus ojillos torpes, pero de fijeza diabólica.

El tiburón movió la cola para tomar impulso. La sangre le atraía de un modo irresistible.

¡Y se lanzó!

CAPÍTULO IX

LA sangre lo llenó todo, la sangre formó como un universo espantoso dentro del cual estaba Clive Murdock, en cuyo interior se debatía como un agonizante antes de ser arrastrado por la muerte.

La sangre…

Clive Murdock no sentía dolor, pero sabía lo que significaba aquello. El tiburón le había abierto el vientre de una dentellada, y dentro de un segundo, de dos el dolor le haría perder el sentido. Quizá no lo notaba aún porque estaba aturdido ya por la falta de aire, porque era en cierto modo como un cadáver ya. Pero aquella sangre que veía flotar era la suya, era su propia vida la que se diluía en el agua.

¿Pero por qué no sentía nada? ¿Por qué el tiburón daba frenéticos coletazos de un lado a otro, en lugar de clavar los dientes?

De pronto, Clive, comprendió. De repente se dio cuenta de que aquella cosa inverosímil en la que no quería ni pensar, era cierta. La sangre que le rodeaba era la del tiburón. ¡Alguien había aparecido de repente! ¡Alguien había asestado a la fiera una terrible cuchillada!

Dos figuras humanas, vestidas con trajes submarinos azules, del color del agua, y dotadas con escafandras y equipos, evolucionaron rápidamente en torno suyo. Una de aquellas personas llevaba un cuchillo tinto en sangre en la mano derecha. La otra una mascarilla y un pequeño depósito auxiliar de oxígeno; aplicó rápidamente la mascarilla al rostro de Clive, que estaba a punto de perder el sentido ya. De un modo maquinal, el joven respiró ansiosamente.

El tiburón se alejó, dejando tras sí una estela de sangre. Pero aquello indicaba que pronto llegarían otros. Había que darse prisa.

El submarinista del cuchillo le hizo una seña indicándole su

espalda. Clive comprendió.

Debía incorporarse todo lo posible, aunque siguiera unido a la mesa por medio de la placa metálica. Se dio cuenta de lo que el otro pretendía hacer.

Trataría de rasgar su camisa, a la cual estaba unida placa metálica.

Él solo no se la hubiera podido quitar nunca, porque también se la habían cosido por delante, arrancando los botones. Notó que aquella figura se colocaba tras él y empezaba a actuar con el cuchillo.

Pero una bandada de tiburones se acercaba ya, atraídos por la sangre. Desplegados por los bancos de coral, venían desde todas direcciones hacia ellos.

CAPÍTULO X

MIENTRAS una de las figuras trabajaba febrilmente para cortar a tiempo la tela de la camisa de Clive, la otra se dispuso a afrontar a los tiburones. Si lograba herir a uno de ellos, podían considerarse salvados. Los otros escualos se abalanzarían sobre la presa sangrante, hasta devorarla, y durante unos instantes los dejarían en paz. Justo lo que necesitaban para escapar al peligro.

Clive vio, de una forma confusa, cómo, en una hábil pirueta, uno de sus salvadores se colocaba bajo la panza blanca y viscosa de uno de los escualos.

Su cuchillo trazó un largo surco longitudinal, y al instante manó un verdadero torrente de sangre. Los otros tiburones se habían dispersado al ver que eran atacados, pues habitualmente son unos peces cobardes que solo atacan a las víctimas seguras. Pero inmediatamente regresaron para devorar a su compañero, en una repugnante zarabanda que hubiese helado la sangre en las venas a Clive si antes no la hubiera tenido helada ya.

Sintió que podía desprenderse de la fatídica mesa. Su camisa, a la que estaba adherida la placa de metal, quedó sin embargo pegada a ella.

Sujetándose con una mano la mascarilla auxiliar y nadando con la otra, siguió a sus desconocidos salvadores. Estos trataban, ante todo, de alejarse de la repugnante manada de tiburones que acababa de llegar a la zona. También iban, inequívocamente, en dirección sur, para emerger fuera del agua en un lugar alejado de aquel en que había sido lanzado Clive.

El silencioso avance se prolongó varios minutos, a través de bancos de coral de una maravillosa belleza.

Seguía viéndose perfectamente dentro del agua, gracias a los rayos verticales del sol, que la iluminaban como un escenario.

Clive Murdock, ya mucho más tranquilo, pudo entonces dedicar su atención a sus desconocidos salvadores.

Ante todo, vio que eran un hombre y una mujer. La mujer, claro está, atrajo su atención mucho más que el hombre.

Determinados detalles hicieron comprender a Clive que él conocía a aquella mujer.

Dentro de su mascarilla gruñó:

—¡Gaby! ¡Gaby Laurent!

Gaby le había ayudado en la extraña aventura de la casa de las modelos. Había hecho concebir a Clive ilusiones de que la cosa terminaría bien. Y Clive se había quedado con un palmo de narices, como el que quiere comprar algo y tiene que conformarse con verlo a través de un escaparate. Gaby Laurent era la única mujer que le había dado esquinazo.

El otro hombre resultaba desconocido para Clive, pero era joven y fuerte; ¿Un amigo de Gaby? ¿Quizá su amante?

A Clive, solo al pensar eso, ya no le pareció tan simpático el otro tipo, aunque jamás le demostraría la menor aversión porque no podía olvidar nunca que le debía la piel.

Fue Gaby la que hizo una seña, indicando que podían emerger. Los tres nadaron hacia arriba.

Poco después surgían a unas veinte yardas de una masa rocosa que, recordando lo que Clive había visto desde el helicóptero, comprendió correspondían a la parte sur de la isla. Por tanto, a la zona casi opuesta a aquella en que Moisés Humbold tenía su casa y su embarcadero con los yates.

Nadaron hacia allí, y poco después trepaban por las rocas, ocultándose entre ellas de miradas curiosas. Todos se desprendieron de sus equipos con gestos de fatiga. Sobre todo, el poderoso pecho de Clive subía y bajaba espasmódicamente, pues aún no se había repuesto totalmente de la fatiga y del largo rato que estuvo sin respirar.

Miró a Gaby.

—Para otra cosa no servirás —dijo—, pero al menos me has salvado la vida.

Gaby Laurent se ordenó los cabellos, con un gesto lleno de gracia, y señaló al hombre.

—Este es Nick.

Clive le tendió la mano.

—A usted también le doy las gracias, amigo.

—Lo que yo he hecho no tiene importancia. Fue idea de Gaby.

—¿Cómo llegasteis hasta aquí? —preguntó Clive mirando a la muchacha.

—Ante todo he de explicarte que yo vivía con una chica llamada Mónica. No sé si te dije que pensaba estudiar Medicina en Nueva York; pues bien, ya lo hago. Mónica me interesaba porque era una chica llena de honradez y que, sin embargo, podía ir por mal camino

Mientras se alisaba de nuevo los cabellos, prosiguió:

—Vivía en la pensión de una vieja bruja llamada señora Scott. Allí había toda clase de facilidades para tratar con gran variedad de hombres y obtener toda clase de drogas. Mónica se estaba aficionando a la marihuana, y eso le hubiera hecho aceptar más adelante, con la mayor facilidad, toda clase de degradaciones… Me puse a vivir con ella precisamente para evitarlo. Pensaba convencerla poco a poco.

—¿Y lo conseguiste?

—Iba por buen camino, cuando de pronto Mónica fue raptada. Conocí entonces a Nick. Nick es su prometido.

—¿Cómo supisteis que la habían raptado los hombres de Humbold?

—Fue en realidad, una deducción bastante sencilla. Mónica había estado ya en la cárcel por un asunto de poca importancia; por robar algo de dinero a fin de procurarse drogas. Su compañera de celda fue, durante los últimos días, una tal Betty Taylor.

—La conozco. He llegado con ella hasta aquí en el helicóptero.

—Te he visto. Bueno, déjame continuar. Betty Taylor había trabajado en el *gang* de Butler, y Butler es el segundo de a bordo de Moisés Humbold, el jefe de su organización en la costa del Atlántico. Se me ocurrió pensar que quizá la salida de la cárcel de Betty —que había sido soltada aquel mismo día— y el rapto de Mónica tuvieran relación. Es decir, sencillamente, que Betty hubiera dado la dirección y las circunstancias de Mónica a los «torpedos» de Butler para que estos la raptasen.

—Es muy posible.

—Entonces me decidí a seguir a Betty y supe que esta se dirigía hacia la isla de Mikael, en el rosario que va de Florida a Cuba. También iban Butler y Kid Janiro, el segundo jefe. También supe que Mónica les acompañaba, al parecer voluntariamente. Pero debían haberla drogado hasta la médula.

Hizo una pausa antes de continuar:

—Nick y yo decidimos entonces venir aquí —dijo—. Es decir, nos trasladamos primero a Pinkair, donde una pareja más no llama la atención de ninguna manera, y desde allí, en un bote de goma, vinimos hasta cierta distancia de este lugar. Era de noche por supuesto. Hundimos el bote y llegamos nadando bajo el agua. Descubrimos este sitio que está poco vigilado. Desde aquí vimos el helicóptero, nos acercamos y llegamos a darnos cuenta de todo lo que sucedía. Afortunadamente pudimos intervenir a tiempo. Y ahora, ¿puedo saber por qué estás tú aquí?

Clive narró brevemente lo que había sucedido en Detroit. Y explicó por qué extraños caminos había llegado él también a aquella isla.

—A través de distintas pistas, los dos hemos llegado a la misma conclusión —susurró Gaby—. Lo que ahora hemos de hacer es ver cómo conseguimos salir de aquí antes de que nos descubran.

—¿Salir?

—Efectivamente. Y hacer una denuncia.

—¿Con qué pruebas?

—Somos tres a declarar, y uno de ellos un federal, es decir tú. Los raptos quedan dentro de vuestra jurisdicción. Se realizará enseguida una investigación en regla, y ese repugnante grupo de traficantes será detenido.

—Habrá dos inconvenientes —susurró Clive—. El primero de ellos, que perderemos un tiempo precioso en formalidades legales, y durante ese tiempo Humbold podrá prepararse. Cuando la aventura termine, nos daremos cuenta de que no hemos conseguido nada.

—Pero imagina que logramos actuar con rapidez…

—En ese improbable caso surgiría el segundo inconveniente, que es aún más grave —susurró Clive—. Para borrar huellas,

Humbold haría desaparecer en unos minutos a todas las mujeres que tiene encerradas aquí. Seguro que tiene previsto eso, y probablemente emplearía también el procedimiento de los antiguos mercaderes de esclavos: Ahogaría a esas mujeres. Las hundiría en el Mar de las Antillas.

Nick dijo rápidamente:

—No se atrevería a…

—Sí, amigo, sí que lo haría —gruñó Clive—. Y también lo haría con Mónica, igual que con todas. Aquí no hay más remedio que actuar con rapidez y con mis propios métodos, es decir, quedarnos en esta tierra.

—Somos tres contra un pequeño ejército. Al menos hay veinte hombres aquí.

—Pero tenemos magníficas armas.

—¿Magníficas armas? ¿Llamas armas a estos cuchillos?

—Pues a mí me parecen excelentes. A ver…

Gaby le tendió el suyo.

—Tiene el mango pesado y equilibrado perfectamente. La hoja es afilada y larga —elogió Clive—. Sí, creo que son unos magníficos cacharros, unos trastos estupen…

No llegó a terminar la frase.

De pronto todo su cuerpo se tensó, mientras giraba hacia la derecha y el arma salió disparada con un agudo silbido.

Se oyó un grito sordo.

El hombre que estaba en lo alto de las rocas, encima de sus cabezas, apuntándoles con una metralleta, recibió la hoja de acero en el corazón y cayó hacia adelante, soltando el arma. Después de dos trágicas vueltas de campana, se abrió la cabeza entre los peñascos y quedó exánime junto a ellos, vuelto hacia el cielo su rostro donde aún se leía una absoluta expresión de asombro.

—Este sitio no es tan seguro como creíamos —musitó Clive, por todo comentario.

—¿Cómo… lo has visto? Estaba a nuestra espalda…

—Sí, pero el muy imbécil no se ha dado cuenta de que él, a su vez, tenía a su espalda otra cosa: el sol. Y el sol recortaba su figura sobre la superficie del agua, Simplemente por ese detalle he podido saber cuál era su situación exacta. Cuando te he pedido el cuchillo,

ya sabía qué era lo que tenía que hacer con él.

Nick le miró aturdido, con expresión de respeto.

—Oiga… ¿con las mujeres también acierta de ese modo?

—Con algunas no —gruñó Clive, mirando significativamente a Gaby Laurent.

Luego se puso en pie, recogió la metralleta del muerto y la examinó.

—Es una «Schmeisser» alemana —dijo—. Sin duda comprada hace años como resto de la Segunda Guerra Mundial. Muchas armas de las que tiene Humbold deben haber sido adquiridas del mismo modo. Pero si todas son tan buenas como esta, podrá defenderse bien. La «Schmeisser» es un trasto de primera clase.

Miró con cuidado por encima de las rocas. No se veía a nadie más. Ante sus ojos se extendía una llanura cubierta de cocoteros, en cualquiera de los cuales, sin embargo, podía encontrarse un puesto de observación desde donde los acribillarían.

—¿Vosotros estropeasteis los dos helicópteros de Humbold? —preguntó, volviendo levemente la cabeza.

—Sí.

—Betty Taylor me habló de eso. Ella había tenido que alquilar un aparato para venir, porque los de Humbold estaban inexplicablemente averiados. Fue eso lo que me hizo comprender que quizá había alguien más en la isla.

Apretando los labios, añadió:

—No veo ningún centinela más, pero sin duda la falta de este aquí será notada pronto. Arrojadlo al mar y no perdamos más tiempo. O atacamos ahora o no podremos hacerlo nunca.

—¿Atacar…?

—No estoy loco —susurró Clive—. Lo que menos imagina es encontrar enemigos vivos aquí. Si aprovechamos la sorpresa, aún podemos tener éxito.

—Supongamos, que ya es suponer, que lo tengamos. Habrá que hacer una verdadera carnicería. ¿Cómo la justificarás luego?

—Una vez liberadas las mujeres que haya aquí, todo quedará resuelto. Sus simples declaraciones serán suficientes.

La explicación pareció lógica a los otros dos. Lo único que ya no les parecía tan razonable, era atacar en aquellas condiciones.

—Iremos por la orilla —decidió Clive.

—¿Y no podríamos esperar hasta la noche?

—Sería lo mejor si no hubieran de notar la falta del centinela. Pero lo encontrarán a faltar.

Tendió la metralleta a Gaby.

—¿Sabes hacer cantar este trasto?

—Desde luego. Y, si quieres, con música de Chopin.

—Tú lo manejarás. De ese modo tendrás más posibilidades de defenderte. Nick y yo emplearemos los cuchillos.

Avanzaron entre las rocas, procurando siempre que sus cabezas no asomaran por el borde de estas. El camino era largo y penoso. De pronto Clive hizo detenerse a los otros.

Oía el petardeo de una lancha.

Ocultos entre las rocas la vieron a poca distancia, mientras se acercaba. Era una lancha lenta y que tenía un aspecto completamente inofensivo. Parecía venir de Pinkair.

—Seguro que Humbold compra provisiones allí —susurró Clive —, y lo hace además para comportarse como un propietario normal. Esa lancha tiene el aspecto de la de un vulgar veraneante.

—En Pinkair todos creen que lo es —musitó Gaby—. Un veraneante muy rico, y al que por tanto se le pueden perdonar sus excentricidades.

Clive tenía los ojos fijos en la motora, que avanzaba lentamente por el único camino que podía seguir entre los peligrosos bancos de coral.

—¿Qué piensas? —susurró Gaby.

—En esa lancha solo van dos hombres.

—¿Es que…?

Él dijo solamente:

—Sí.

Antes de que los otros dijeran una sola palabra, se lanzó al agua con el cuchillo entre los dientes. Lo hizo tan suavemente que no levantó ni un poco de espuma. Nadó bajo el líquido acercándose en diagonal al sitio por donde tenía que pasar la lancha.

Esta seguía petardeando monótonamente, como en una pacífica estampa veraniega. Pero Gaby y Nick ya se habían dado cuenta de que el timonel tenía a su lado una metralleta, y de que su

compañero lucía un revólver de cañón extralargo en su cinto. Ahora que estaban en los dominios de Humbold y nadie más podía verles, no les importaba exhibir sus armas.

Clive emergió junto a la popa de la embarcación. Se asió con ambas manos a la borda, izándose, y puso un pie en cubierta.

Pero había obrado con demasiada rapidez. Había hecho balancearse la pequeña nave.

El timonel se volvió, lanzando un gruñido. Sus ojos se desencajaron al ver a Clive. Intentó sujetar su metralleta.

Antes de que pusiera sus manos encima del arma, sintió en el estómago un frío mortal. La hoja del cuchillo, lanzado por Clive se le había clavado hasta las sachas. Con un ronco gemido cayó de espaldas, mientras intentaba desclavarse el arma.

El otro, el de la pistola, se había vuelto también.

Su mano derecha voló hacia la funda. Clive no tenía ningún arma para responderle.

Gaby dudó un instante si disparar su metralleta, pero no se atrevió a sembrar la alarma en la isla. Por otra parte, Clive ya volaba materialmente de un lado a otro de la embarcación, con esa rapidez que solo en los momentos desesperados se tiene. Con los ojos desorbitados, los dos amigos trataron de calcular quién sería más rápido: Si Clive volando en busca de su enemigo o este sacando el arma.

Las dos cosas sucedieron exactamente al mismo tiempo.

Cuando el pistolero logró sacar su revólver, ya Clive, llegando con la fuerza de un obús, le clavaba la cabeza en el estómago. Sin que el disparo brotase, ambos rodaron por tierra.

Clive le golpeó con el canto de la mano debajo del pabellón nasal, en uno de sus golpes favoritos, y antes de que el otro se rehiciese lo levantó en vilo y lo arrojó al agua, donde solo un segundo después ya se insinuaba el siniestro surco de un tiburón.

La lancha, falta de timón, daba vueltas en torno al mismo punto, amenazando con desgarrar su casco en los bancos de coral que casi se hallaban a flor de agua.

Clive hizo una seña. Los otros comprendieron y se arrojaron al agua, llevando sus armas. Por el momento no importaba que la metralleta «Schmeisser» se mojase.

Llegaron junto a la lancha y treparon a bordo. Cada uno de ellos se apoderó de una de las armas dejadas por sus enemigos. Clive empuñó un revólver, y los otros dos una metralleta cada uno.

—Ahora hay que llegar a la zona de desembarco. Seguro que esa lancha iba allí.

—Pero nos reconocerán.

—No hasta el último momento. Esos dos tipos llevaban sombreros de paja para protegerse del sol. Nosotros nos los pondremos.

—¿Y Gaby?

—Se ocultará en el camarote.

En efecto, la lancha tenía un camarote o compartimiento que servía en aquel caso de almacén para depositar las mercancías. Había allí fardos de todas clases. La muchacha se situó sobre uno de ellos, secando cuidadosamente la «Schmeisser».

Clive empuñó el timón, mientras Nick se situaba en la proa, exactamente en las posiciones que antes tenían los dos hombres que habían echado al agua. Porque el cadáver del acuchillado había sido arrojado ya también para que los tiburones se dieran un festín.

—¿Nos habrán visto? —gruñó Nick.

—No nos verán hasta que doblemos aquel recodo.

Sorteando los bancos coralinos, avanzaron siempre a poca velocidad, llegaron a doblar una larga punta rocosa que asomaba al norte de la isla. Tras ella aparecieron el embarcadero y la residencia de Humbold. En el embarcadero montaba la guardia un hombre con una metralleta.

No se extrañó al ver la lancha. Sin duda era la hora normal de su llegada.

Nick, desde la proa, hizo un saludo con el brazo, sin levantar la cabeza. El otro respondió.

Clive seguía al timón, con todos los nervios tensos

Vio que a un lado del embarcadero había un túnel por el que penetraba el agua, y de la suficiente altura para que la lancha entrase también en él. Era una especie de puerto abierto bajo las rocas de la isla. Le pareció evidente que su destino debía estar allí, aunque vaciló unos segundos antes de dar rumbo, porque si se equivocaba llamaría la atención del centinela y lo echaría todo a

perder.

Al fin hizo que la proa enfilase hacia el túnel.

El centinela les miraba con curiosidad, pero no hacía ningún gesto de alarma. Parecía no haberse dado cuenta aún de que aquellos no eran compañeros suyos.

Nick, en la proa, sonrió bajo el ala de su sombrero. Iban a darles esquinazo a todos.

Estaba lejos de sospechar que el centinela había pisado ya un pedal situado a un lado del embarcadero. Podía hacerlo sin moverse, sin llamar para nada la atención. Inmediatamente una cadena de luces rojas se encendió dentro del túnel.

Este no era muy largo ni muy ancho. Cabían allí justamente dos lanchas. A ambos lados había dos muelles o bordas de cemento, y en ellos se situaron seis hombres con metralletas, tres a cada lado.

Tanto Nick como Clive quedaron boquiabiertos al encontrarse con aquella sorpresa. La verdad era que no la esperaban. Se habían deslizado hasta allí confiadamente, seguros de sí mismos.

Y la sorpresa la acababan de tener ellos.

Uno de los pistoleros gritó:

—¡Arriba las manos! ¡Soltad las armas!

Clive comprendió que no tenían más remedio que obedecer.

Además, dos gruesas planchas de acero estaban cerrando el túnel a su espalda. Habían caído en una ratonera.

Los dos hombres alzaron los brazos.

¡Y en aquel momento, desde la puerta exterior del camarote, la metralleta de Gaby empezó a ladrar!

Los tres hombres que estaban en el muelle de la izquierda se doblaron acrobáticamente, como si una corriente eléctrica acabara de pasar por sus cinturas.

Los tres habían sido alcanzados por la misma ráfaga de plomo. En el mismo instante, Clive se inclinaba para recoger su otra metralleta, dispuesto a tirar contra los del muelle derecho.

Pero estos ya le estaban apuntando. Lo único que consiguió hacer, fue lanzarse tras un rollo de cuerdas para no ser alcanzado, llevando en la mano la metralleta que aún no había podido usar.

Una ráfaga alucinante barrió la cubierta. Nick, con su pistola, logró disparar desde la proa. No alcanzó a ninguno de los hombres,

aunque estos tampoco lograron afinar el disparo.

Las balas atravesaron el delgado casco y penetraron en el almacén, pero Gaby se había ocultado tras los fardos de mercancías. Ninguno de los plomos consiguió alcanzarla.

Aprovechando el momentáneo respiro que le habían concedido los disparos de Nick, Clive enfiló a los hombres con su metralleta, mientras estos corrían hacia una puerta metálica. No pudo alcanzar más que a uno de ellos. Los otros dos huyeron.

De pronto se hizo un terrible silencio en el túnel. Un penetrante olor a pólvora flotaba en él.

Clive saltó al muelle de la derecha.

—Vamos. Hay que entrar por ahí.

Señalaba la puerta que los otros habían empleado para huir. Sabía que su única posibilidad de éxito estaba en que no los localizasen.

Empujaron la puerta, hallándose en unas escaleras metálicas que ascendían. Ahora la alarma ya estaba dada en todas partes y no importaba hacer un poco de ruido. Ascendieron velozmente, retemblando los peldaños bajo cada uno de sus pasos.

Se encontraron en una gran sala llena de fardos con mercancías. Más allá había otra puerta.

Clive tomó una decisión.

—No debemos arriesgarnos los tres juntos —dijo—. Ese es un buen sitio para resistir si las cosas se ponen feas. Parapetaos tras los fardos y esperad. Yo seguiré solo.

—Pero… ¡eso es suicida!

—No tanto. Un hombre solo tiene más movilidad que tres. Además, contaré con este punto de apoyo para el caso de que tenga que retirarme. Estad atentos.

Sin esperar respuesta, salió por la única puerta que había en el almacén, que era también metálica.

Gaby Laurent y Nick se parapetaron con las armas a punto, resignados a esperar.

Clive, por su lado, siguió avanzando. Ahora estaba en el núcleo del siniestro imperio de Humbold. La habitación a la que fue a dar era una gran sala vacía. La atravesó y penetró entonces, a través de otra puerta, en el lugar más increíble del mundo. Era un gran

dormitorio con ventanas que daban a la playa, pero todas ellas enrejadas y a gran altura, parecidas a las de una cárcel. En el dormitorio había unas veinte camas. Y en cada cama descansaba una mujer a cuál más hermosa.

No era la hora de la siesta ni era tampoco la de acostarse. Sencillamente, a las chicas no debían dejarlas moverse de allí hasta el momento de ser embarcadas. Eran las esclavas del siglo XX, las víctimas de uno de los tráficos más lucrativos del siniestro mundo de nuestros días: la trata de blancas.

Todas le miraban asombradas.

Debían creer que era uno de los hombres de Humbold y no se atrevían a moverse. Pero Clive las tranquilizó inmediatamente con una sonrisa.

—No tenéis que preocuparos —dijo a la que estaba más cerca—. He venido a sacaros de aquí.

—¿A todas?

La chica, que acababa de hablar, una morena de ojos enormes y maravillosas y largas piernas, soltó una risita nerviosa y asustadiza.

—¿Tienes miedo, preciosa? —pregunto Clive—. ¿Por qué ríes así?

Pronto lo comprendió. Lo supo al oír aquel ruido a su espalda.

Fue a volverse, moviendo la metralleta, pero ya era demasiado tarde. El tipo que acababa de entrar por una puertecilla lateral estaba justo encima de él.

Clive oyó un ruido, sin darse cuenta de que lo producían sus propios huesos, y cayó a tierra mientras tenía la sensación de que su cabeza se abría en pedazos.

CAPÍTULO XI

RECOBRÓ el conocimiento en la sala que ya conocía. Pero ahora no estaba sujeto a una mesa de hierro, sino en el suelo simplemente. Las tres butacas de cuero permanecían ocupadas, como la otra vez, por los tres pequeños reyes de aquel infierno: Moisés Humbold, Kid Janiro y Butler. Los tres le miraban fijamente.

También cerca de ellos, estaban una mujer y un hombre.

El hombre debía ser el mismo que acababa de golpearle, porque llevaba en la derecha una barra de metal. Sin duda era el que vigilaba a las prisioneras y las apaleaba en caso necesario. La mujer era Betty Taylor.

Clive parpadeó:

—Confieso que no esperaba volver a verle, Murdock —dijo Humbold con voz suave, sin alterarse lo más mínimo—. Me parecía que el «tratamiento» que le apliqué la otra vez era suficiente. Pero veo que me equivoqué y lo siento. Esta vez usaré otro sistema.

—¿Me hará arrojar desde un avión? —masculló Clive mientras se palpaba la cabeza llena de sangre—. ¿O quizá me echará junto a un tiburón hembra?

—En el fondo, siempre he pensado que los métodos demasiado intelectuales para matar son ineficaces —respondió Humbold—. ¿Pero qué quiere? Uno se va refinando, y llega un momento en que le molesta matar de cualquier manera, como lo haría un ladronzuelo vulgar. Pero nada hay tan rápido y eficaz como una buena bala en la cabeza. Y eso será justamente lo que voy a regalarle, señor Murdock. Sin contemplaciones. Para que usted muera más satisfecho haré que lo ejecuten entre un hombre y una mujer

Hizo una seña a Betty y al tipo de la barra de hierro. Cada uno de ellos sacó una pistola.

—Betty se ha ofrecido voluntariamente para este trabajo —explicó Humbold—. Le odia a usted por haber tenido que admitir sus caricias, la otra noche, en la isla de Pinkair. Tendrá mucho gusto en matarle antes de proceder a la búsqueda de sus dos compañeros. Y lo hará… ahora mismo.

—La mujer que te acompaña será una esclava más —dijo Betty abruptamente—. Odio a las mujeres hermosas como ella. Aborrezco a las que tienen una cara perfecta para enamorar a los imbéciles como tú.

Se acercó dos pasos. La «Luger» brillaba en su mano derecha.

El hombre de la barra de hierro también tenía una pistola de la misma marca.

Los dos estaban prácticamente sobre él. Clive casi recibía su aliento. Sabía que era inútil luchar porque las balas llegarían antes.

Trató de sonreír.

—De todos modos, no estás tan mal, Betty —dijo—. Tienes unas piernas sensacionales.

El hombre gruñó:

—Yo tiraré primero.

—Sí, cariño.

Pero fue Betty la que disparó. Fue Betty la que envió una bala a la cabeza del hombre que había de matar a Clive.

Este lanzó un aullido, mientras todo su rostro se convertía en una máscara de sangre.

De los tres individuos que estaban sentados en las butacas, fue Butler el primero en reaccionar. En su derecha apareció una pequeña «Browning», con la que disparó contra Betty Taylor.

Su balazo coincidió con el que le enviaba Clive, tras apoderarse del arma de su enemigo muerto. Butler recibió el balazo en el vientre y se encogió lanzando chillidos de rata acorralada, mientras Betty caía también. Había sido alcanzada en mitad del pecho.

Janiro y Humbold escaparon a toda velocidad. Indudablemente, ellos creían estar seguros y no llevaban armas. Clive no pensó ni siquiera en disparar sobre los fugitivos; su primer impulso fue ayudar a Betty.

Le desabrochó la blusa, dándose cuenta de que su herida era necesariamente mortal. Clive retiró entonces, con un gesto lleno de

suavidad, los cabellos que cubrían las cicatrices. Tiró de éstas. La lámina de plástico, adherida a la piel sana y limpia, quedó entre sus dedos.

—La otra noche… —susurró ella— lo hiciste… un poco más bruscamente.

—Había adivinado enseguida que tú no eras la verdadera Betty Taylor —musitó él—. Tenías… ¿cómo decirlo? Tenías unos ojos bondadosos. No eran los ojos de una mujer que ha tenido la crueldad necesaria para raptar y matar a una niña. ¿Qué fue de la verdadera Betty?

—Murió en la cárcel… Yo… yo era su única amiga. Estaba presa también, ¿sabes? Antes de morir, Betty me pidió que eliminase, si podía hacerlo alguna vez, a los dos hombres que la habían obligado a ser como era: Butler y Humbold. Entonces me ofrecí voluntariamente para ayudar a la policía… Ellos me proporcionaron las falsas cicatrices de plástico… y me trasladaron a otra cárcel donde nadie me conociera, con el falso nombre de Betty Taylor.

—¿Tuviste allí como compañera a Mónica?

—Sí… Una chica demasiado buena… pero que se descarriaba. Antes de salir de la cárcel, para ganarme la confianza de Butler, le di la dirección de Mónica y le indiqué que resultaba muy fácil raptarla. De ese modo me admitirían en su organización… como así hicieron. Yo… yo te golpeé por detrás al descender del helicóptero porque quería que Humbold estuviera seguro de mí… Luego estuve a punto de volverme loca, al ver la muerte que te preparaban, pero… pero mi ocasión tenía que llegar… Si yo hubiera sido lo bastante rápida… hubiese podido eliminar a los tres…

Clive susurró:

—Lo haré yo por ti, muchacha.

Su voz era extrañamente queda, casi dulce.

La voz de un hombre que está ya rezando por los enemigos a los que tiene que matar.

Ella musitó:

—Contigo he sido… muy feliz…

—Lo serás otra vez, muchacha.

Pero Clive sabía que mentía.

Sabía que ella no iba a ser feliz en esta tierra nunca, nunca más.

Suavemente le cerró los ojos cuando ella echó la cabeza hacia atrás de un modo brusco, curvando los labios.

Clive se puso en pie pesadamente, recobró las cicatrices de plástico y se las plantó en la cara al cadáver de Butler.

—Toma —gruñó—. Así estarás más guapo cuando te entierren.

Empuñó las dos pistolas, la de la falsa Betty y la del hombre muerto, y salió de allí. Pero no lo hizo por la puerta que habían usado Kid Janiro y Humbold. Al contrario, se dirigió por unas escaleras de caracol, a una terraza que había sobre la habitación en que se hallaba.

El fuerte sol le hizo parpadear.

Quizá por eso no vio al hombre que, con una metralleta, vigilaba desde una de las ventanas superiores.

Ni vio tampoco que le estaba apuntando. Ni notó que el dedo se cerraba sobre el gatillo.

En el silencio de la isla, sonó el estruendo alucinante de una ráfaga.

CAPÍTULO XII

LOS disparos hicieron saltar a Clive, porque habían sonado materialmente debajo de sus pies. Su salto le desplazó a un par de yardas y eso hizo que las balas de su enemigo le rozaran solamente. Se oyó un aullido, y el hombre de la metralleta cayó desde la ventana sobre la terraza en que se encontraba el federal.

Este miró al suelo, sin comprender aún.

Vio entonces asomar por una claraboya la cabeza de Gaby Laurent y la siniestra boca de la «Schmeisser». Aquellas claraboyas se abrían, sin duda, en el techo del almacén en que Gaby y Nick habían quedado situados. Y Gaby había estado atenta.

—Me parece que tengo más vista que tú —dijo ella—. ¿En qué pensabas?

—En que no me gusta ver morir a ninguna mujer.

—¿Quién ha muerto?

—Te lo explicaré cuando esto acabe. Ahora no podemos perder el tiempo. ¿Puedes salir por aquí?

—Desde luego. ¿O crees que soy una tía gorda?

—Flacucha no lo estás.

—Pero aún hay clases, amigo.

—Eso me gustaría comprobar… aunque no me dejas.

—Paciencia, amigo, paciencia. A lo mejor tienes suerte cuando yo ya tenga nietos con otro.

Era la única mujer que se le resistía, la única que, estando entrañablemente unida a él por los azares de la aventura, se le escurría de entre los dedos como un pez demasiado fino, demasiado bello. La ayudó a salir, acariciando su brazo desnudo. Pero Gaby no le dejó entretenerse demasiado en eso. Hizo una seña para que saliera Nick.

Los tres escrutaron hacia las ventanas, con sus armas a punto.

Dos hombres más acababan de aparecer en el piso superior, tratando de encañonarlos. Para Clive fue un simple ejercicio de tiro acabar con ellos.

Ya no debían quedar demasiados esbirros en la isla de Mikael. Clive se dijo que quizá Janiro y Humbold, viendo las cosas mal, tratarían de huir cuanto antes.

Y no se equivocaba.

Porque en aquel momento oyó el rugido de los motores de una lancha rápida.

CAPÍTULO XIII

UNA baranda muy alta limitaba la terraza por la parte que daba al embarcadero. Clive corrió hacia ella, mientras encajaba las dos pistolas entre su pantalón y su tronco desnudo.

Gaby gritó:

—¡No podrás hacer nada! ¡Vuelve, loco!

Pero Clive Murdock no la oía. Estaba trepando ya a lo alto de la baranda valiéndose de ambas manos. Su poderosa musculatura parecía multiplicarse con los relieves que le daba el sol. Sudaba de excitación y de cansancio.

Abajo estaba el embarcadero.

Una lancha rápida, rugía en él a punto de zarpar. Un hombre soltaba amarras, mientras otro vigilaba el embarcadero con una metralleta. Humbold y su compinche Janiro debían estar dentro.

Clive no lo pensó ni un segundo.

¡Saltó!

La metralleta del guardián picoteó las tablas del embarcadero mientras él corría en zigzag. Desde lo alto del parapeto, Nick le cubrió con una ráfaga. Los dos de la lancha tuvieron que ocultarse rápidamente para no ser cazados, mientras la nave se despegaba de las tablas rápidamente.

Clive corrió las últimas yardas que le faltaban. Todos sus músculos estaban a punto de estallar. Le faltaba el aire a causa del titánico esfuerzo que estaba realizando.

¡Una décima de segundo perdida podía significar la inutilidad de todo!

Llegó al borde del embarcadero… ¡y volvió a saltar!

Desde lo alto del parapeto, Nick y Gaby disparaban frenéticamente para evitar que alguien pudiera eliminar a Clive, momentáneamente indefenso. Este logró poner los pies en la borda,

cayó y pudo sujetarse a las cuerdas de la baranda en el último segundo. La lancha hizo un rápido zigzag. Clive osciló como un péndulo y luego puso los pies en cubierta.

Respiró con ansia.

Sentía una especie de vértigo. Ahora estaba solo en una embarcación, contra al menos cuatro hombres armados. Su única suerte consistía en que ninguno de ellos debía saber que había logrado alcanzarles.

Esa ventaja se puso de manifiesto inmediatamente, cuando uno de los fugitivos, al ver que habían cesado los disparos, asomó la nariz por una de las compuertas, precedido por el cañón de una metralleta. Vio a Clive y lanzó un grito de rabia. Los dos dispararon casi a la vez, a ras de las tablas de cubierta.

Alcanzado entre las cejas, el hombre de la metralleta se desplomó lentamente.

Clive tomó el arma de su enemigo, fue hasta el borde mismo de la popa y disparó rabiosamente contra la hélice hasta desencajarla del árbol. Al principio las balas rebotaron, con verdadero peligro para Clive, pero la ráfaga venció al fin. El árbol giró inútilmente, sin aspas a las que mover. La nave fue perdiendo velocidad rápidamente.

Ahora los buitres que estaban dentro saldrían. No podrían permanecer allí.

Clive trepó por unas escaleras y se encontró ante la parte posterior de la cabina del timonel. Este, al verle, no intentó defenderse. Saltó velozmente al agua y Clive le dejó hacer.

Eran otros pájaros los que él quería cazar.

Desde su puesto de observación ideal, aguardó. Oyó gritos abajo. Probablemente el único guardaespaldas que en la nave quedaba a Janiro y Humbold quería saltar al agua también. De pronto sonó un disparo. El guardaespaldas acababa de ser eliminado.

Clive rechinó los dientes.

Ahora la lancha estaba detenida y seguía el vaivén suave del Mar de las Antillas, igual que un cascarón. No se oía el menor sonido en ella. Clive buscó con los ojos la escotilla tras la cual se ocultaba el motor de la lancha.

La tenía a muy poca distancia. El tac-tac del «Diesel» era inconfundible. Con sus dos pistolas disparó repetidamente, hasta que las llamas brotaron repentinamente de la escotilla.

La nave se estaba incendiando. Sus dueños no tendrían más remedio que salir.

Con las armas a punto, con un sombrío deseo de matar clavado en el corazón, Clive aguardó.

No se dio cuenta de que una silueta se deslizaba sigilosamente tras un mamparo, a su espalda. Aquella figura pertenecía a Humbold.

Humbold llevaba un revólver en la derecha.

Con las facciones contraídas, con ojos donde brillaba un odio implacable, apuntó cuidadosamente.

A Clive no podía ayudarle nadie esta vez. Estaba solo.

Las llamas ya brotaban a borbotones por la escotilla, y una especie de bola de fuego saltó por los aires. Clive se ladeó velozmente para no ser alcanzado.

La bala, que hubiera debido romperle la columna vertebral, le rozó solo la parte derecha de su espalda, arañándole peligrosamente el hígado. Humbold lanzó un grito de rabia.

Clive disparó rápidamente contra él, pero falló el tiro a causa de los bandazos que ahora daba la nave. Vio que Humbold huía, y de dos saltos llegó al mamparo. Un tercer salto le hizo caer sobre las espaldas de su enemigo, que soltó la pistola.

Kid Janiro, mientras tanto, había salido de su escondite. Trataba de llegar al puente superior.

Resollaba como un toro herido.

Se daba cuenta de que ahora, Clive, estaba ocupado con Humbold y él trataba de hacerse con uno de los botes neumáticos para escapar. No se atrevía a nadar en un agua infestada de tiburones.

Humbold aulló:

—¡Perro!

Clive dio un empujón a su enemigo y se volvió hacia la cubierta superior. Kid Janiro estaba tratando de inflar ya uno de los botes. Lanzó un terrible aullido al verse encañonado por una de las pistolas de Clive.

—Justicia cumplida —susurró este.

E hizo fuego.

Kid Janiro cayó de cabeza al agua, que espumeaba de escualos. Un angustioso círculo de muerte se formó enseguida en torno a él. Humbold aullaba de terror al verlo.

Clive no disparó de nuevo. Soltó las pistolas y se dirigió a su enemigo con las manos desnudas.

Un corto al estómago de Humbold le hizo encogerse. Un gancho al mentón lo elevó. Un cruzado con la izquierda se le llevó una ceja.

Humbold trató de abrazarse a su enemigo. Quiso morderle.

Luchaba como una mujer.

Clive se limitó a guardar la distancia como en el boxeo. Su izquierda le frenó. Su derecha, mientras tanto, preparaba el golpe.

Este hundió materialmente uno de los ojos de Humbold.

El asesino aullaba, sin ver ya por ninguna parte. La sangre le cegaba. Nuevamente intentó abrazarse a su enemigo y de nuevo un gancho al mentón lo elevó por los aires.

Las aguas, abajo, seguían espumeando.

El círculo de muerte de los tiburones se hacía más ancho, más terrible, más viscoso.

Las llamas, mientras tanto, envolvían ya la lancha. Clive comprendió que no podía perder un minuto más:

Sus puños se movieron dos veces al compás de uno-dos. Humbold fue a caer en tierra, pero él no le dejó.

Un último y terrible gancho lo envió por encima de la borda. El aullido de Humbold se mezcló al terrible zumbido de las aletas de los tiburones, al chasquido de diez mandíbulas voraces que buscaban su presa.

Clive comprendió que nadie más quedaba ya en la nave. Recogió el bote neumático que Janiro había tratado de usar, lo infló y lo arrojó al agua lanzándose él seguidamente. Remó con todas sus fuerzas valiéndose del remo que ya formaba parte del equipo, para que la succión del agua no le hiciera zozobrar al hundirse le lancha.

EPÍLOGO

CUANDO llegó de nuevo a la isla de Mikael, notó que todo estaba en silencio. En el embarcadero le recibieron Gaby Laurent y Nick. Entre los brazos de Nick lloraba una muchacha.

—Es Mónica —indicó Gaby—. Aún no puede creer que está libre.

Clive se acarició la mandíbula.

Miró a Gaby pensativamente.

—Pues los dos parecen quererse mucho. Y dentro de nada van a empezar a besarse. Y tú y yo, ¿qué?

—Yo, cariño, soy una mujer difícil.

Clive volvió a acariciarse la mandíbula.

Y volvió a mirar a Gaby pensativamente.

—Bueno, tú te lo pierdes. ¿Están libres las otras?

—Recogen sus cosas para marchar.

—¿Pero aún no han salido?

—No. ¿Y a qué vienen esas preguntas tan tontas?

—Lo sabrás dentro de un mes, cuando ellas y yo salgamos de aquí todos juntos.

—¿Qué… qué quieres decir?

Clive empezó a caminar hacia la puerta que debía llevar al enorme dormitorio.

—Voy a tratar de llegar a un acuerdo con ellas —gruñó—. Que se largue una cada día.

Se volvió hacia Gaby y le sonrió.

—Ya sé lo que me vas a decir. Que ojalá me muera. Y eso es lo que voy a hacer, seguramente. Pero si hay tantos modos de morir, ¿por qué no puede uno elegir el que más le plazca?

Se llevó una mano a la cabeza, a modo de saludo, y siguió

caminando.

FIN